

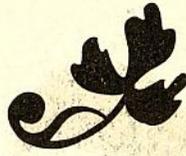


Dib. TONO.—Paris.

— No comprendo cómo Polito está tan provocativo.
— Sí, el alcohol. Siempre que se emborracha le da por provocar.



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
ro rostro su tersura y lozanía *ro*

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de abril.

19. — De Geometría.

1 0 0 0
E
D I O S A

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 123 —

20. — Lo es el Papa.

— ¿De modo que te marchaste a cuarta-primera?

— Sí, chico; por cierto que cogí el gran cuarta-terciacuartá.

— Me lo dijeron; y que fui con dos-primera y otros amigos.

— Desde aquel día no estoy todo.

21. — Mineral.

En los barcos.

1 0 0 0 1

N

A

CUPÓN

correspondiente al número 126 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE FEBRERO

Verificado públicamente el sorteo en nuestra Redacción entre los solucionistas de nuestro Concurso de febrero, han resultado agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO. — Un billete de la Lotería Nacional, número 30.873, para el primer sorteo de mayo próximo, a D. Bernardo Salaverry, de Carabanchel Bajo.

SEGUNDO PREMIO. — Medio billete de igual número y para igual sorteo que el anterior, a don Ricardo Abadías, del Ferrol.

TERCER PREMIO. — Tres décimos de igual número y para igual sorteo que los anteriores, a don José Luis Miller, de Madrid.

Los susodichos *piérdetiempiistas* pueden pasar a recoger sus premios a nuestra Administración (plaza del Ángel, 5), cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE MARZO

Soluciones a los pasatiempos publicados por BUEN HUMOR durante el mes de marzo.

1. Carta anónima. — 2. Contamina. — 3. Musgo. 4. Estandarte. — 5. Taladro. — 6. Domingo. — 7. Paseante en cortes. — 8. Fordioseros. — 9. Casamata. — 10. Castropol. — 11. Entre bastidores. 12. Martillo. — 13. Pastora Imperio. — 14. Eterno. 15. Mesnada. — 16. Dolor de corazón. — 17. Arcabuz. — 18. Basílica. — 19. Coracero. — 20. Caparazón. — 21. Lucrecia. — 22. Escalera. — 23. Apotema. — 24. Embotellado. — 25. Aparato. — 26. Eres un tío pasmao. — 27. Carnívoro. — 28. Paletada de tierra. 29. Pastoret.

Examinadas las *catorce mil doscientas una* soluciones recibidas, han resultado completamente exactas las remitidas por los *ciento cuarenta pierdetiempiistas* relacionados a continuación:

1. Manuel Arias. — 2. Mariano P. López. — 3. E. Alvarez Alzaga. — 4. Felisa Maraver. — 5. José Luis Miller. — 6. Elena J. Castro. — 7. Conchita Lorenzo. — 8. Charito Maraver. — 9. Justo de Costa. — 10. Luis Eguía. — 11. Ventura Vizcaino. — 12. José Laffond. — 13. Angel Carriazo. — 14. Enrique Pineda. — 15. Manuel Ródenas. — 16. R. Maraver Cortés. — 17. Antonio G. Suelto. — 18. Fernando Peña. — 19. Ramón G. del Saz. — 20. Joaquín L. Saura. — 21. Mercedes de Castro. — 22. Antonio Prast. — 23. Matilde Maraver. — 24. Carlos F. de la Hoz. — 25. Ricardo Fernández. — 26. A. M. Martínez. — 27. Luis L. Becerra. — 28. Manuel Galtier. — 29. Angel Roch. — 30. J. M. Manzanero. — 31. Faustino

Zaldivar. — 32. Luis G. Méndez. — 33. Rafael Gómez. — 34. Magdalena Yarza. — 35. Alvaro G. Pintado. — 36. Adelarado G. Tey. — 37. José García González. — 38. Joaquín G. Linares. — 39. Carlos S. Ocaña. — 40. Guillermo Miralles.

41. Carlos Moncada. — 42. Juan Pinto. — 43. Francisco L. Rodríguez. — 44. Mariano Lanzarote. — 45. T. G. M. — 46. José Doval. — 47. Alfonso P. Chirinos. — 48. María L. Besses. — 49. Antonio F. Puebla. — 50. José Montesinos. — 51. Ernesto Alvarez. — 52. Pilar González. — 53. Vicente G. Abad. — 54. José Ventanilla. — 55. José Márquez. — 56. Manuel Ramírez. — 57. Eloy del Puerto. — 58. E. Riñón. — 59. M. L. Martínez. — 60. Carlos Rivera.

61. Javier Mendiguchía. — 62. Angeles Alcalde. 63. Rafael Sáez. — 64. Manuel Moreno. — 65. Isabel Millán. — 66. Román Martínez. — 67. Isidro Mínguez. — 68. F. Recacho. — 69. Antonio Souto. 70. Antonio Sánchez. — 71. Clemente Rodríguez. 72. Porfirio del Campo. — 73. Alberto M. Ferreras. — 74. Manuel Morillo. — 75. Francisco Lozano. — 76. Justo Navarro. — 77. Paquita García. — 78. Rafael Arizcun. — 79. Antonio del Cerro. — 80. Alfonso Fungairiño.

81. Enrique Márquez. — 82. Segundo L. Zabalegui. — 83. Marcelo de Azcárraga. — 84. Daniel de la Puente. — 85. Carlos F. Cancela. — 86. Manuel Monjardín. — 87. J. Pedro Roper. — 88. Enrique Para. — 89. Manuel Dendarriena. — 90. Ernesto la Porte. — 91. Ramón G. Ruiz. — 92. Cirilo Genovés. — 93. José Sacristán. — 94. María Pilar Ríos. — 95. Carmen Jimeno.

Todos de Madrid. 96. Ricardo Abadías. El Ferrol. — 97. Marcelia-

no Pedrero. Larache. — 98. José María Martínez. Larache. — 99. J. María Vallejo. Guadalajara. — 100. F. F. B. Ceuta.

101. Melchor Bajén. Monzón. — 102. Emilio Sierra. Zaragoza. — 103. L. Orgado. Albacete. — 104. Alejandro Blanco. Gijón. — 105. Juan José Arnilla. Ujo (Oviedo). — 106. Manuel R. Cerón. Córdoba. — 107. Ignacio Covián. Santa Cruz (Mieres). — 108. Luis Cancio. Valladolid. — 109. José Elvira. San Sebastián. — 110. Santiago Casares. El Ferrol. — 111. Pedro Escalera. Valladolid. — 112. Manuel Torres. Valladolid. — 113. Juan Ramírez. Cartagena. — 114. Matías Romero. Valencia. 115. Felisa Bielsa. Monzón. — 116. F. Gracián. Utrera. — 117. Luis Biltrini. Jerez de la Frontera. 118. Antonio Barrie. Barcelona. — 119. José A. de Lara. Toledo. — 120. Jacinta Martí. Burgos.

121. Amparo Bilbatua. Sestao. — 122. Carmen Domínguez. Portugalete. — 123. Nieves Medina. Portugalete. — 124. Alberto D. Miró. Avila. — 125. Rafael Sánchez. Lugo. — 126. Juan Garmendia. Portugalete. — 127. Ramón G. Ráez (sin domicilio). — 128. Miguel Rivera. Tetuán. — 129. Concha Rodríguez. Santander. — 130. Francisco Duarte. Jerez de la Frontera. — 131. José Encinas. Oviedo. — 132. Agustín Ramos. Barcelona. — 133. Fernandito R. Luengo. Soria. — 134. Remigio Ruiz. Ferrol. — 135. Luis de Inarraza. Deusto. — 136. Masto (sin domicilio). — 137. Antonio Genovés. Valencia. — 138. Santos Varela. Bilbao. — 139. Angel Baldrich. Avila. — 140. Pío de Bayo. Bilbao.

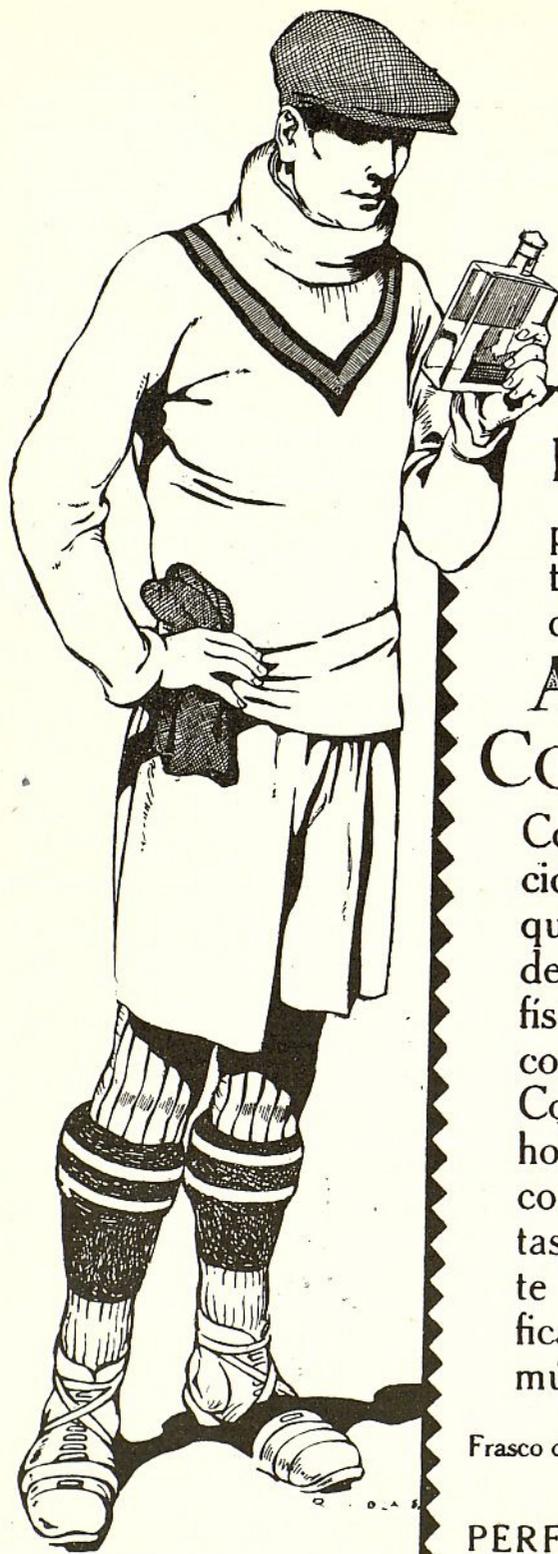
El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Ángel, 5), a las seis de la tarde del día 29 del actual.

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, Ltd.



17, Green Street, Leicester Sq.



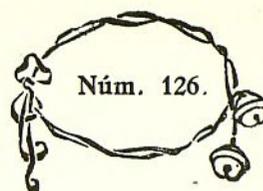


Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
A G U A D E
COLONIA AÑEJA

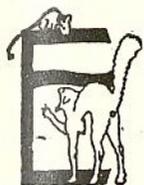
Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alco-
hol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulan-
te de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts., frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERÍA GAL -- MADRID



EL HARÉN



El sultán Abul Melik no se atrevía a entrar en su habitación; había llegado hasta la puerta, y allí se había detenido junto al guardián apostado en el dintel, alabarda en mano.

Pegó el oído a la cerradura, y, no oyendo ningún ruido que indicase la presencia de alguna de sus once esposas, abrió la puerta y penetró en la estancia.

En medio de ésta se hallaban los restos del desayuno, restos, en verdad, poco envidiables, por tratarse de la vajilla rota y el café esparcido por la alfombra, como la hazaña de un cachorro.

El sultán Abul Melik había tirado al suelo su desayuno al ir a levantarse. Después había huído a esconderse en el huerto, temeroso de la reprimenda de alguna de sus mujeres. Más tranquilo, regresaba a vestirse.

Contempló los restos de la taza, y recogió una cuartilla que había junto a ellos.

«¡Sucio!», decía el papel. Después venían once firmas.

— ¡Ya se han enterado! — gimió.

Abul Melik era un hombre bajito y de aspecto apocado.

Le salía una barbita negra, enredada y áspera, que daba a su rostro el aspecto de un almohadón descosido.

Su harén le producía más disgustos y cavilaciones que alegrías y placeres. El se hubiera contentado con una joven del Cáucaso por año; pero once mujeres, dominantes y despóticas, eran demasiado para su debilidad de carácter.

Cuando el sultán hubo acabado su tocado, se sintió con más energías. Tenía esa superioridad del hombre al estar vestido sobre el que no lo está, y que reside en la facultad de poder escaparse por la calle sin llamar la atención.

Abul Melik podría dirigirse

al otro confín del palacio, a dar órdenes a los soldados, en el caso en que la hostilidad de sus esposas fuese demasiado vehemente.

En ese estado de ánimo penetró en el harén. Las once mujeres, que hojeaban revistas de modas, charlando a voz en grito, callaron al advertir su presencia.

— Buenos días, moninas — adelantó el sultán.

Pero el silencio más solemne le respondió.

Abul conocía demasiado esta actitud: sabía que era el castigo a que le condenaban sus esposas cuando las desagradaba en algo.

No insistió más, y se fué a dar una vueltecita por las dependencias de palacio.

Y de lejos oyó reanudarse el guirigay del harén.

Melik era aficionado a la cocina, y en los casos en que le aquejaban preocupaciones de orden moral como las de este día, era en las cocinas donde hallaba la tranquilidad que ansiaba.

El jefe le saludó al verle llegar mustio.

— ¿El señor ha vuelto a perderle las horquillas a Zulima?

— No, buen vasallo, no.

— ¿Quizás volvió a pisar al gato de Zoraida?

— ¡No, amigo, no; hoy he tirado el desayuno!

Y el sultán quedó acongojado.

— Venid, señor, os mostraré cómo se guisa el carnero en el Tibet.

Abul Melik, rodeado de un ejército de pinches y cocineros, fué iniciado en los secretos del nuevo condimento.

— Estoy verdaderamente satisfecho de almorzar este guiso suculento — dijo como felicitación al jefe.

Pero no; el carnero al Tibet no era para su mesa: lo había prohibido una de las señoras.

— ¿No podríais servirme un platito diciendo que es otra cosa? — pidió el sultán como un niño que quiere más postre.

— Imposible, señor; Zoraida se enfadaría.

Y el jefe detalló el *menu* impuesto por la favorita.

«Besugo, pavo real, ensalada, camembert.»

— ¡No me gusta nada de eso! — clamaba Abul Melik desesperado —. ¡Que varíen el *menu*!

— Señor, sin permiso de Zoraida, no me atrevo — insinuó el jefe.

El sultán se dirigió de nuevo al harén. Sus esposas estaban en el baño. Abul, decidido, entró en el patio de la piscina.

Sus mujeres presentaban un excelente conjunto, y la escena era la que representan los cromos que hay en esos co-



Dib. SIENO. — Madrid.

medores sospechosos en los que se juega a la raposa...

Antes que Abul Melik hubiese podido pronunciar una sola palabra, había escuchado los improperios más seleccionados.

- ¡Indecentel
- ¡Fuera de aquí, viejo verdel
- ¡Mamarracho!...

El pobre estaba absorto; sin embargo, volvió a la realidad cuando era conducido por el brazo fuera del patio.

Nunca se ha recomendado para curar la neurastenia un almuerzo en familia, y ése era el sino del sultán a diario. Sus once mujeres y sus once suegras le rodaban en la mesa.

Ese día no era de los afortunados para Abul. Inadvertidamente se encontró mezclado en una fuerte discusión entre dos madres.

Y el caso fué que finalizó el almuerzo en una mesita aparte, comiendo completamente solo.

La orquesta tocaba durante las co-

midas la vieja canción de la familia Melik:

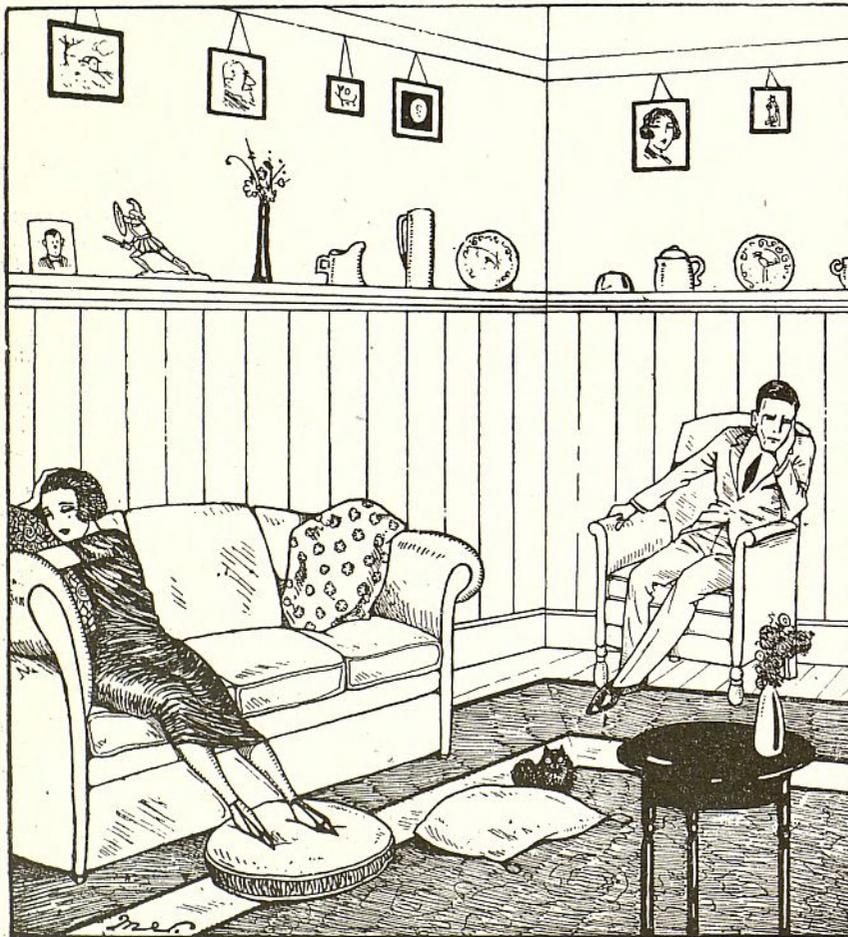
«Señor de los señores.
¡Oh, dueño de las bellas!
Tu viril fortaleza,
tu hermosura, señor,
hacen que dos mil reyes
te rindan pleitesía,
y por ti sus mujeres
estén locas de amor.»

¡Pobre Abul Melik! Realmente, había días aciagos. Al anochecer, y cuando él hubiera sido feliz hablando de amor a la blanca Zulima, hubo de soportar el afrentoso sorteo que en nombre de la igualdad habían impuesto sus esposas.

Todas ellas se colocaron un número de carrerista en la espalda. Alguien trajo una rueda de barquillero.

Abul Melik dió el impulso a la manecilla. Tres vueltas, y... el 7. Y la antipática y fea Zoraida (de la que se sospechaba hiciera trampa) fué aquel día la favorita del poderoso Abul Melik.

EDGAR NEVILLE



Dib. MEL. — Madrid.

CAMPOAMORIANAS

«¿Por qué se olvidaría la Escritura de hablarnos de los tristes por hartura?...»

Y VA DE HISTORIA

por

MANUEL SORIANO

Pues, según cuentan las crónicas, sucedió que la otra tarde, en la calle de Carretas, muy cerca de la de Cádiz, una señora muy guapa, de buen porte y lindo tallo, capaz, por sus mil encantos, de dar celos a un arcángel, fué atracada por un rata modelo de hombres audaces, que, sin meditar los riesgos de su hazaña, ni su alcance, le arrebató una pulsera, un alfiler de brillantes y un bolsillo en que guardaba algunos miles de reales.

Presenciaron el suceso un sacerdote, el alcalde, un sargento de Orden público, una monja, cuatro frailes, un chófer, cuatro cocheros, un inspector de Carruajes, una castañera y varios vendedores ambulantes...

Y sucedió que, por uno de esos milagros casuales dignos de ser perpetuados en lienzos, bronces y mármoles,

el fresco y audaz ratero fué sorprendido *in fraganti*, y ante el señor juez, con todos los testigos presenciales,

se le condujo en el acto, seguido de centenares de curiosos, que gritaban: «¡A la cárcel! ¡A la cárcel!»

— ¡Soy inocentel — decía —. ¡Soy inocentel! ¡Soltadmel!

Y el juez le gritó: — ¡Silencio!

— ¡Soy inocentel — ¡A callarse!

¿Va usted a negar lo que han visto personas tan respetables como las aquí presentes, todas testigos del lance?

— ¡Soy inocentel!

— ¡Habrás cínico!

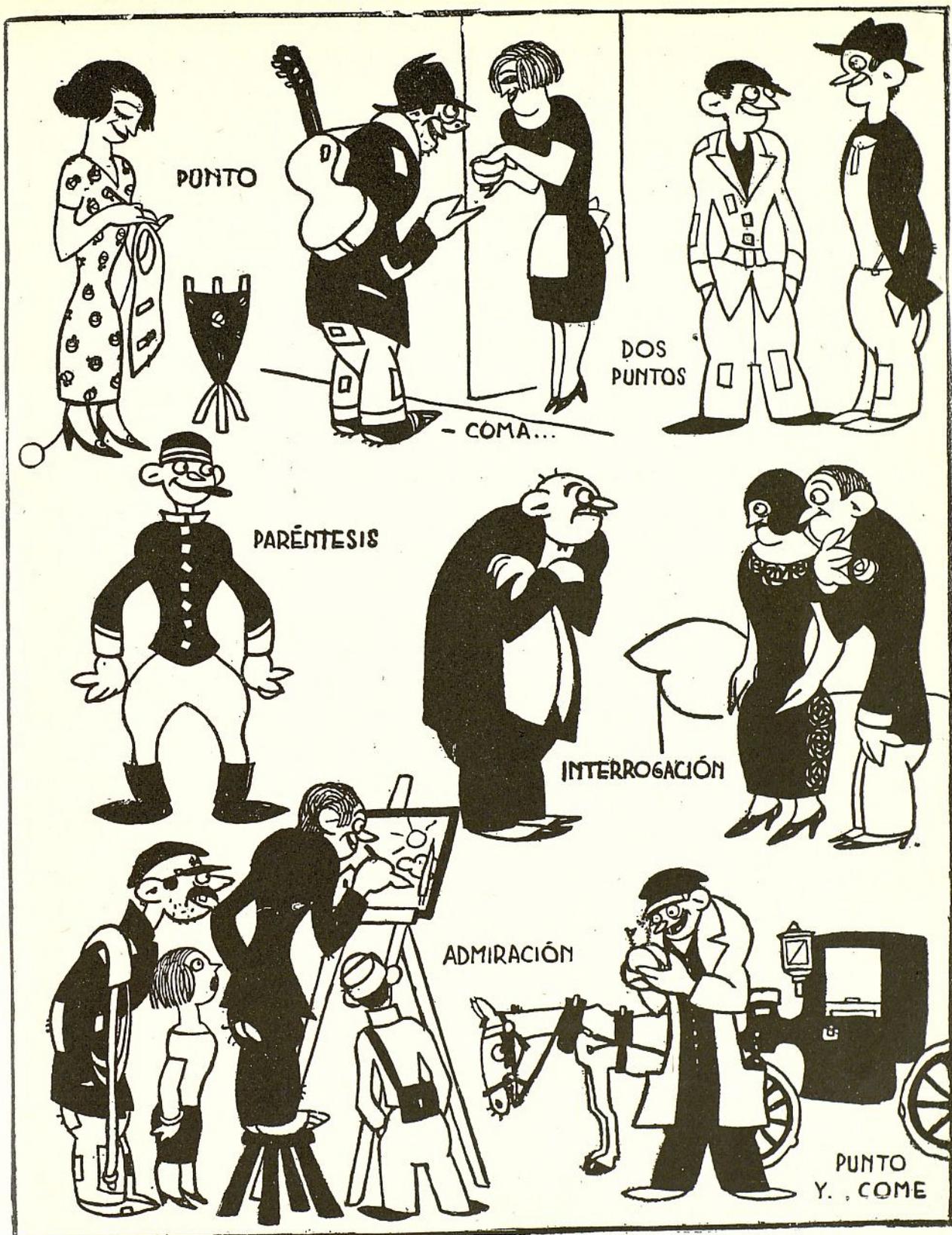
¡Va usted a pudrirse en la cárcel! — Señor juez, yo se lo juro, por mi padre, por mi madre, por Santa Rita de Casia y por la Virgen del Carmen, que soy inocente.

— ¡Vamos!

¡Nunca he visto tal pillastre!

— Sí, señor, yo se lo juro, y lo juraré, aunque me aspen, que soy inocente.

— ¿Cómo?
— ¡Soy Inocente... Fernández!



Dib. GARRIDO. — Madrid.

LOS SIGNOS GRAMATICALES

Ayuntamiento de Madrid

DIVAGACIONES
SIN TRANS-
CENDENCIA

LA TARDE DE DOMINGO

Entre los innumerables problemas que el hombre debe resolver diariamente, y de los que está erizada la vida normal y ciudadana, surge cada siete días el problema de la tarde de domingo.

Por muy ordenada y metódica que

para transportar a esta gente de un sitio a otro.

Además, si el lector se toma la molestia de madrugar y se sitúa en el andén de una estación, verá cómo salen todos los trenes cargados de excursionistas. El lector pensará:

tarde, tomando un café para cada dos niños, los cuales, después de merendar, dedican todo su entusiasmo a molestar a los demás parroquianos, jugando al escondite por entre las mesas. Al cabo de haber jugado mucho, los niños se aburren, respiran mal y empiezan a llorar



— sea nuestra vida, aunque apuntamos en una agenda, hora por hora, todos nuestros deberes y ocupaciones, habrá siempre latente ese problema, esa hoja en blanco de la agenda de la vida.

Es el día en que la gente no tiene que hacer, y ésa es su tragedia. La gente que no tiene que hacer, ha de hacer algo, necesariamente, y en esto estriba la dificultad.

Son muchos, infinitos, los lugares que se abren a la voracidad de la gente dominguera; pero esos lugares son siempre insuficientes. Si hace buen sol en un domingo, y hay toros, carreras de caballos, diez o doce partidos de fútbol, teatros, cines, circos, frontones, cafés, bares, etc., no sólo estarán atestados todos estos sitios, sino que Rosales, el Retiro, la Moncloa, Cuatro Caminos, Ventas, Ciudad Lineal y todos los respiraderos de Madrid están llenos de gente. Los tranvías no serán bastantes

— Si toda esta gente se va de Madrid, Madrid se va a quedar vacío. Sólo me encontraré a dos o tres personas y algún guardia dentro de la capital.

Este temor será infundado. Los excursionistas son el residuo de la gente dominguera, lo que en los días de abundancia podemos exportar a un lado y a otro.

Son muchos: se multiplican en las márgenes de los ríos, armados de caña o de red; en los cotos, detrás de la perdiz inocente o del rápido conejillo; en la sierra, para subir desde donde hace buen tiempo a donde hace frío. Vuelven la ciudad muy contentos, porque saben que al salir de Madrid han resuelto su *domingo*, que en la capital les resultaría difícilísimo.

Hay que tomarlo todo por adelantado, para que no esté lleno cuando llegemos. Familias enteras, cargadas de hijos, ocupan el café durante toda la

El domingo da ocasión para que cada uno ponga al descubier to sus naturales instintos. Durante los demás días, cada uno está sujeto en su ocupación habitual, y no le queda tiempo para manifestarse. Pero el domingo le pone en libertad, y entonces el aprovechamiento de esta libertad da ocasión a que cada uno encuentre su verdadera afición, que es el deporte o el chocolate con churros.

La más terrible de las fieras que suelta el domingo es el hortera, que suele abusar de su libertad más de lo conveniente.

Se han organizado Ligas contra los

domingos, con el fin de exterminarlos, aunque sin resultado.

Son muchas las familias que se quedan en casa, como los amigos que se refugian, huyendo del domingo y sus partidarios.

Son días demasiado turbulentos, muy llenos de polvo, de criadas y de soldados. Muy llenos de familias innumerables, como esas familias de circo en que trabajan todos, desde el papá al niño más pequeño.

El final del domingo, cuando el sol declina, el crepúsculo tiene una tristeza mayor que los demás días, porque está lleno de todas las tristezas de la gente que ve cómo el domingo se le acaba y que aun tardará seis días en volver.

El domingo es el único día en que se gasta y se gana dinero. Las pocas pesetas que quedan en España circulan ese día apresuradamente, porque es el único día en que España se mueve, sacudiendo su letargo de los días mal llamados de trabajo.

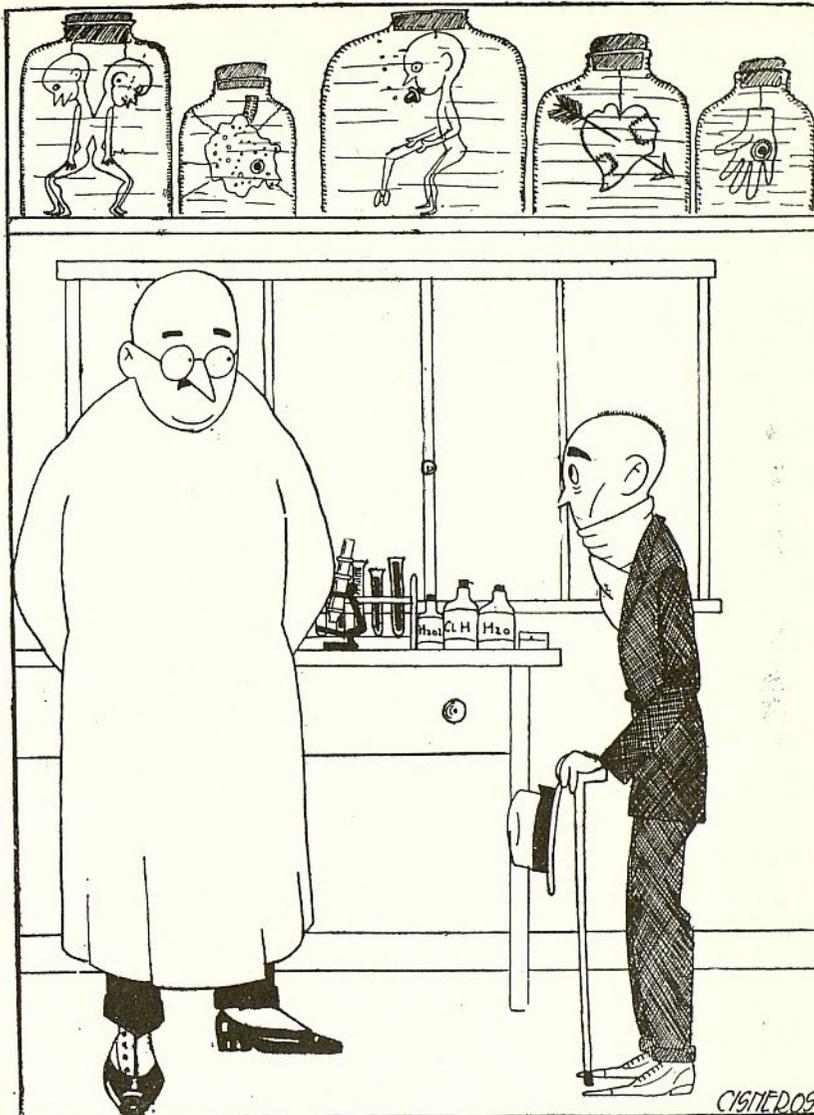
José LÓPEZ RUBIO

Dibujo de BON.



A UNA MAMÁ EXIGENTE

Doña Petra, ¿usted me envía (redactado ya con frases de cajón) un sueltcito con el fin de que lo *ensarte* yo en la Prensa (es que lo *inserte*) sobre el efectuado enlace de su niña con el joven don Perfecto Baduláquez? *Ensartado* saldrá todo lo que usted quiera encargarme, sin que en el fintero quede que los casó el padre Gálvez, ni que actuaron de padrinos la marquesa de Agramante y el ministro de Gorgonia. Además, los cinco pares de testigos saldrán todos en ringlera, ya que nadie los puso en letras de molde jamás en ninguna parte. En fin, diré que a Tembleque los novios harán su viaje, y hasta, si usted lo desea, diré que van a Versalles, haciendo escalas en Londres, en Tordesillas, en Tánger, en Estocolmo, en Tokio y en el peñón de Getafe. Mas lo que no la prometo (y habrá usted de perdonarme) es dejar en la noticia los adjetivos amables que aplica usted a los amigos que han asistido al enlace,



Dib. CISNEROS. — Madrid.

EL DOCTOR. — *Del análisis resulta una abundantísima fauna bacterica: ótoplococos, estafilococos, neumococos, rinococos...*

EL ENFERMO. — *¡... y de La Habana cocos!...*



pues, francamente, eso de decir «el *infatigable* canónigo», «el *voluptuoso* general», «el *chispeante* magistrado del Supremo», y «el *fiel* profesor de baile», y «la *indiscutible* viuda de Alcañiz», y «el *venerable* ventrílocuo señor López», pareceme un disparate tan gordo como esa boda que acaba de perpetrarse. En cambio, bueno es que ustedes sepan que para estos franceses hay quien hace epitalamios

a precios convencionales, y no vaya usted a creerse que *epitalamio* es un parche, o un nuevo plato de dulce, o un paletó, o un laxante, sino una composición en verso (premioso o fácil), que se hace a los que se casan y les agrava el desastre. Y nada más, doña Petra. Si quiere usted amoldarse a lo que he dicho, corriente; si no..., *requiescant in pace*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

RAMONISMO ANTE LOS PERCHEROS

Los percheros son, ante todo, un cuadro de interrogaciones. Todos sus ganchos son alrededor del espejo como vivas interrogantes sin sombrero, cuando el perchero está vacío, e interrogantes con sombrero, cuando aparecen empingorotados.

A los percheros se les pregunta; con los percheros se tiene un aparte muy de teatro, aprovechando el rato de encarnarnos con ellos, y se procura saber quién hay en el despacho o en el comedor, cruzando unas palabras confidenciales con su tabla y su espejo, mientras se deja el sombrero, el gabán y se coloca el bastón como una espada en la bastonera.

Los percheros son como forillos de de fondo pasillos; telones

que adquieren una u otra personalidad, según lo que cuelgue de sus ganchos.

Después de hablar con el portero, es con lo que se encara más uno, y de lo que recibe la consigna. Son como una puerta que da a un salón, muchas veces vacío. Son como la señal del tren de la visita, o el cuadro de

señales, mejor dicho, en que se anuncia lo que pasa en el camino.

Se les podría llamar «aparatos musicales de nuestras interrogantes», pues nuestras miradas tocan en todos sus ganchos como si compusiesen un xilofón vertical.

Son también algo hostiles, y a veces nos tenemos que defender de ellos con el gabán, que dejamos en sus cuernos.

Yo he conocido percheros muy raros; percheros con espejo y percheros sin espejo; percheros hechos con cañas de bambú, y percheros hechos con una mixturación de panoplias y perchas sueltas.

He encontrado percheros emboscados, espejos cavernosos, y ganchos que se agarraban al gabán y no querían soltarlo; percheros de usurero, con el tanto por ciento en el cristal con la tiza de los cambios, y con verdaderos anzuelos de punta afilada que pescaban materialmente el abrigo; percheros en las antenas de la policía, cuyos ganchos quieren detenerle a uno, y se quedan con el gabán en prenda mientras se entra a ver al comisario.

Las clases de percheros son innúme-



ras. Cuando se tiene perchero es que ha llegado uno a implantarse en la vida. Es lo más representativo que se coloca en una casa, y hay entre ellos una correspondencia subterránea y fenómenos raros de telepatía. Yo, por ejemplo, me he acordado, frente a un perchero que he saludado últimamente, de otro al que saludé en otro sitio, y por eso precisamente el adúltero encuentra reaparecido el rostro que acaba de ver en la antesala de la ausente, en el espejo del perchero de su casa, tardando en entrar en el gabinete de la esposa un rato, para dar tiempo a que desaparezca la especie de comunicación que ha notado entre los percheros y sus dos rostros.

Los percheros son irritantes, porque dan tipo de advenedizo a todo el que se mira en ellos, y muchas veces nos convierten en ayuda de cámara.

Pero lo que tienen los percheros es cómo se superponen a un cuadro de interrogaciones, algo así como unas charadas espe

rogáfica so

Se nos les de pro pie frente a interrogante

¿De quién brero, deba cuelga una ve a un hom que ha sos que el calor a encontrar rior de la ca escaso, y, ha entrado Desde lue un hombre

¿De quién es ese puro y esa carpeta



ciales de je lución. ofrecen mi ble mas en nuestra in llegada.

es ese som jo del cual bufanda ¿Se bre friolero, p e c h a d o cillo que iba en el inte sá iba a ser por tanto, con gabán. go, debe ser hurafío, de ésos que se ponen de pie cuando las discusiones llegan a su algidez, y discuten como subidos a los árboles de la indignación.

que hacen equilibrio en un gancho del perchero, mientras los chanclos se han quedado tímidamente en el suelo como blandas almadrerías? Quizás se debe tratar del cobrador de la luz, que parlamenta con el señor de la casa, o del administrador general, que da así muestras del respeto que debe al señor.

También nos acordamos, como de un misterio complicado de los percheros, de esos días en que, al entrar en la antesala de nuestra casa, valiéndonos del llavín sigiloso, nos encontramos con una doncella en espera de no sé qué, y vimos que colgaba del perchero un sombrero hongo.

¿Quién puede estar de visita? La doncella complicaba la solución. Sola, con el señor del hongo, no era posible que

hubiese venido en calidad de niñera, aunque haya pollos consumidos que invoquen esa posibilidad. ¿Entonces?...

Debía ser un matrimonio. No había más remedio que abrir la puerta del despacho y entrar dispuesto a dar un beso a la criatura, horrible o preciosa, que indudablemente estaría en brazos de la madre, que había querido relevar un rato a la doncella del peso recalentador del retoño.

Resistirse a entrar con la visita sería incurrir en falta que la doncella relataría después a sus señoritos: «... y entró un joven, que se fué al fondo de la casa después de ver el hongo del señor y mirarme a mí con extrañeza.»

Ante los percheros se nos ocurren también muchas preguntas y problemas. «Cuando un arzobispo visita una casa, ¿dónde deja la tiara?» «Y cuando un rey va de visita, ¿dónde cuelga su corona?»

¡Qué miedo el día que al entrar en casa nos encontremos con una corona colgada del perchero!

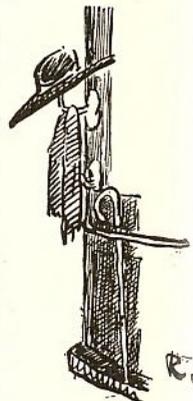
Y cuando el diablo visita a alguien, ¿deja sus cuernos y su rabo en el perchero?

¡Qué chasco aquel día en que el marino, dejando su gorra en el perchero, nos hizo sospechar que había de visita un colegial!

Pues ¡y cuando el republicano deja su terrible gorro frigio colgado de uno de los ganchos interrogantes del perchero!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.

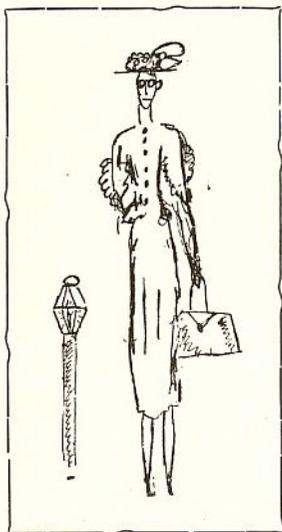


NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO DE CUSTODIA ROMERO

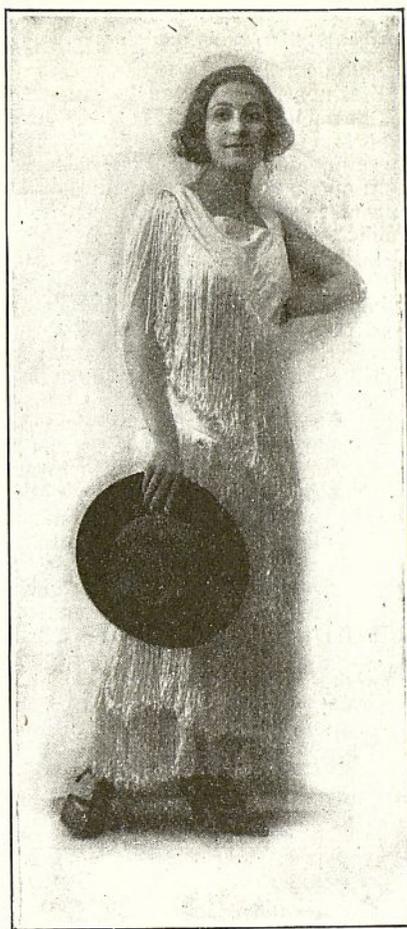
El que me pidan un artículo a mí, que me llamo Custodia, que soy bailarina, andaluza y más gitana que un cesto de mimbre, me desconcierta.

Lamento profundamente no po-

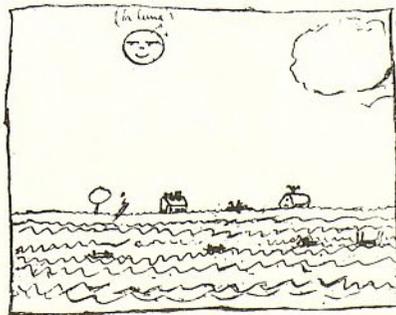


der marcarme unas alegrías en la plana que me han destinado en BUEN HUMOR: esto sí lo haría, y no perdería mi personalidad. Pero figúrense ustedes los comentarios que suscitaría un artículo mío.

Que por casualidad me sale bien, que cito a Ortega y Gasset o a Pirandello: pues además de no acudir, no creerán que es mío, y menos mal si así piensan. Sería peor que dijese: «Mira las bailarinas de ahora, intelectuales. ¿Dónde están los tiempos de la Macarrona y de la Pepa?» (Nadie ha oído hablar de esta bailarina; pero sin duda ha



La incomparable Venus de bronce (née Custodia Romero), que con sus danzas gitanas ha quitado al público de Eslava el mal sabor de boca que le dejaban las representaciones de la obra de Honorio Maura, ha escrito para BUEN HUMOR estas cuartillas de lino humorismo y ha dibujado esas maravillosas siluetas de depurado estilo.

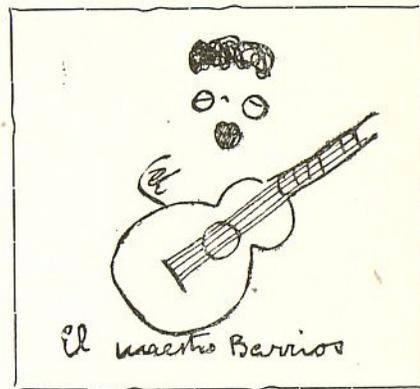


ILUSTRADO POR ELLA MISMA

debido existir una buena bailarina con ese nombre.)

Total: que por no perder personalidad de bailarina castiza, gitana y cañí, debo restringir mi inspiración y acoger las ideas que me vienen a la mente.

Rindamos culto a la tradición: mi pequeña cultura femenina y mi discreta afición a escribir deben



estar escondidas. Valgan, pues, estas líneas por unas bulerías.

❦

Los dibujos ya me ha sido más fácil; sobre todo que he buscado un asunto de actualidad, y, claro, me he inspirado en las fotografías.

Una riada, o una *riá*, en Triana; perros y objetos flotan; el resto de la ciudad está oculto por las aguas, y yo no he podido copiarla aquí por no faltar a la realidad.

La otra crecida es una de esas inglesas que suben a la Torre del Oro.

CUSTODIA ROMERO

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

LX

Varias veces he comentado en estas descosidas crónicas que París tendrá todos los defectos que quiera, pero que como población demócrata y librepensadora es una cosa escandalosa, inefable y monumental. Aquí puede ir un chino por el *boulevard des Capucines*, sin que nadie le tire de la coleta; aquí han visto cojear a Romanones, y se han quedado tan frescos; aquí ha paseado Muley Haffid, con chilaba y sin calcetines, y soltando el mal olor consiguiente a los admiradores de Alá, Mahoma y demás familia, y no le han dado un estacazo ni nada. Hay que reconocer que esta despreocupación, que este *¡a mí qué!*, que este desdén elegante de los parisienses, tiene unas ventajas inapreciables, lo mismo para el extranjero, que para el francés de oficio.

Yo he cruzado calles estrechas con sombrero ancho, a pesar de las dificultades que entrañaba la diferencia de medida, y ni un solo transeúnte se ha preocupado de si yo era *Machaquito* de verdad, o si era uno de esos catalanes que para conquistar chicas guapas se hacen pasar por picadores andaluces excedentes de cupo, ocultando cuidadosamente que han nacido en Arenys de Mar y que vienen a París a hacer propaganda del sal-

chichón de Vich o de la butifarra del pueblo de al lado.

Y si nos referimos exclusivamente a los parisienses, los beneficios que les reporta la susodicha despreocupación no se pagan con ningún dinero. Una señora puede aquí, sin que nadie la mate por la espalda, presentarse en la vía pública con una capota del tiempo de Catalina de Médicis (que los traperos las venden por unos dos francos y, además de la capota, dan un millón de gracias, una palmada en la espalda y recuerdos para la familia, todo comprendido en los ocho reales). Un guardia puede atizar un tierno beso a una vecina suya, aunque esté de servicio él, y hasta estando de servicio la vecina, sin que se paren los tranvías, se formen corros y se ofenda el comisario, el cual lo más que suele hacer es preguntar las señas del guardia, que es lo mismo que preguntar *¿dónde vive esa desventurada?*, ya que está al tanto de que es vecina del probo y *probe* funcionario.

En fin, no quiero abrumarles a ustedes con ejemplos, pues creo que con las ligerísimas insinuaciones que acabo de anotar con mi peregrino estilo se habrán podido ya dar una idea de que aquí hace todo el mundo lo que le parece, sin que el socio o socia que pase por su vera se moleste en dedicarle una

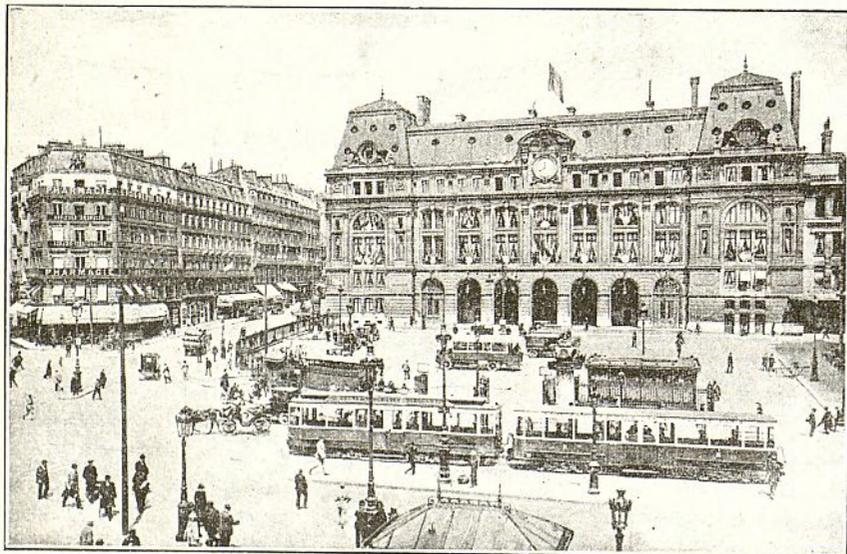
mirada lánguida, una sonrisa de admiración o un puñetazo de delicada protesta.

Merced a esta amplitud de criterio, pueden realizarse en las calles de París diversos actos que en Madrid harían hablar siete días a los periódicos, poner los pelos de punta a los lectores y desmayarse a las lectoras en los brazos de sus maridos o, en su defecto, en los brazos de los circunstantes que tuvieran a mano. (¡A mano derecha, que es ahora la modal)

En París, si a una señorita se le afloja una liga, se la vuelve a poner en su sitio aunque se encuentre en plena plaza del *Carrousel*. (¡Yo lo he visto!... ¡Y lo digo con dolor, porque sé que me van ustedes a envidiar un rato largo, y habrá alguno que deseará mi muerte o una cosa análoga!...) Y, además, en esto de la postura de la liga, se suele dar un caso sorprendente, que se van ustedes a poner pálidos del todo en cuanto se lo diga. Si la señorita se estira la media y se coloca la ceñidora goma en mitad de la *rue*, no pasa nada, como ya he dicho, por lo cual para qué lo voy a repetir... Pero si la joven se introduce en un portal y verifica la misma faena, entonces hay un peligro bárbaro para ella: el de que la tomen por lo que no es (que a veces sí lo es), y el de que la portera se escandalice, la increpe y la *denoste*... o *denueste* (que no sé cómo se dice, aunque pienso preguntárselo a Francos Rodríguez, que es académico, y me sacará de la horrenda duda). Parece ser que enseñar la pantorrilla en un portal, o sea bajo fechado, es en París muchísimo más significativo que enseñársela a una muchedumbre densa y cosmopolita, y que la señorita que tal hace es porque con su bien modelada pierna le anda buscando tres pies al gato (que en francés se dice *chat*, para lo que ustedes gusten mandar), y cuyo gato puede ser el casero, o el vecino del principal, o el modisto que vive en el chaflán de la casa en el portal de la cual ha estimado conveniente apretarse la ya cien veces mencionada liga.

Claro está que estas cándidas exhibiciones que estoy refiriendo colocan a las damas parisienses en determinados conflictos, de los que ellas no se percatan, y que las perjudican hondísimamente, sobre todo a las que están solteras y quieren casarse, a las que están casadas y anhelan divorciarse para volver a casarse otra vez, y a las que están viudas y están que se deshojan por sustituir al muerto con un vivo (y coleando) que se preste a cometer la imbecilidad de hacerlas olvidar el triste túmulo con el regocijado tálamo.

Yo tengo aquí un amigo, llamado



LA ESTACIÓN «SAINT-LAZARE»

Algunos traductores del francés llaman a esta estación la estación de San Lázaro, sin tener en cuenta que el pobre San Lázaro no gastó un perro chico en su construcción, ni nunca fué propietario, ni copropietario, ni siquiera amigo ni conocido de los propietarios o copropietarios de la estación supradicha. Nosotros, que hemos hablado con descendientes directos de San Lázaro, podemos asegurar, bajo nuestra elocuyente palabra, que los que llaman estación de San Lázaro a esta concurrida gare, están en un tenebroso error. Y en vista de eso, nosotros haremos lo que los franceses: la llamaremos estación San Lázaro. Y nos quedaremos tan satisfechos.

monsieur León Duvallés, que estuvo para casarse con una joven, a la cual amaba con una furia desbocada y algo decayente, y que por fin no se casó por las siguientes y especiosas razones:

Un día, la linda *demoiselle*, yendo de paseo con León, se tuvo que arreglar la liga derecha. Duvallés tomó buena nota de la pantorrilla y demás suburbios del lado mencionado. Al lunes siguiente (esto fué en domingo), su adorada se ciñó la liga izquierda y se estiró la preciosa media del mismo *coté* en la *place de la République*. Duvallés vió que *media* vuelta a la izquierda era casi lo mismo que *media* a la derecha, y siguió tomando nota. A la semana siguiente, Duvallés invitó a su futura y a su mamá a una *matinée* en el teatro del *Vaudeville*. La niña se presentó en el palco con un traje descotado por la región Este, que era una preciosidad, y monsieur León pudo apreciar que para dominar todo el frente de batalla no tenía necesidad de ser Joffre ni Foch: y no pasaron cinco días sin que en una nueva velada teatral viese Duvallés a su tormento con otro traje, que, según exigencias de la moda de la vispera, iba descotado por el sitio contrario, con lo que el tierno novio se convenció de que esa tontería que decimos los españoles de que las damas no tienen espalda, no la hubiéramos mantenido ni un minuto si nos hubiésemos sentado cerca de su futura a ver la función.

Y, sin embargo, monsieur León Duvallés siguió adorando a la joven del margen (del pequeño margen de ropa) hasta que la vió en la playa de Trouville. La moda tirana había aquel año dispuesto que los trajes de baño de las señoras sólo fueran visibles a catorce centímetros de la nariz y absolutamente inapreciables para los miopes o los de vista cansada. Y Duvallés, al ver a su novia (porque el traje no lo pudo *guipar* ni con prismáticos), se hizo la siguiente amarga reflexión:

— Y digo yo: ¿qué me queda para la boda?

A estas fechas, ignoro lo que Duvallés se contestaría a sí mismo; pero el caso es que se hizo caso, dijo ¡no me casol, y no se casó.

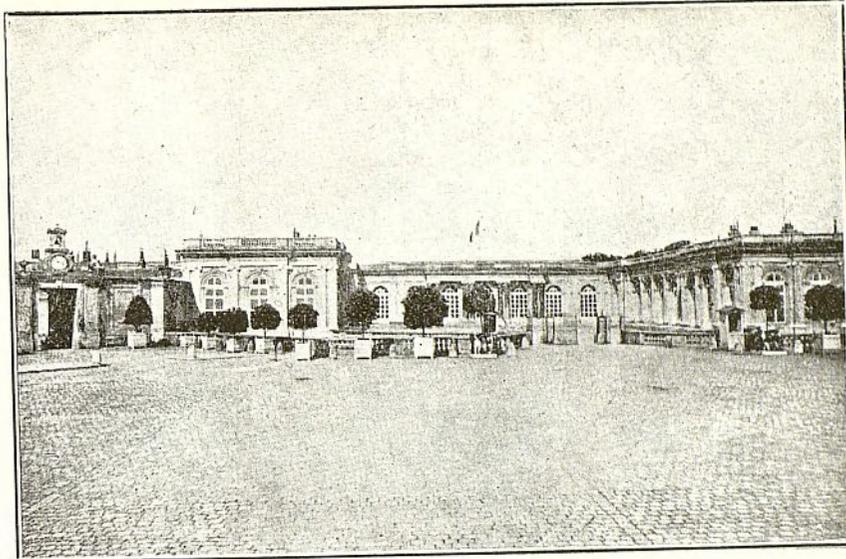
Lectores: ¿sería la futura de monsieur León la ínclita paisana de Clemenceau que vió el otro día en la plaza del *Carrousel*, liga y pantorrilla inclusives?

Pues debo reconocer, que, si es la misma, es una socia que se lo merece todo. ¡Todo, menos casarse con ella!... Lo cual es una lástima, porque la pantorrilla no tiene más defecto que el ser del dominio público. O, como decimos en España, cuando queremos expresar desdén o falta de interés por un espectáculo:

— ¡¡Que es una cosa muy vistal!...

LXI

En París también hay sujetos (y sin sujetar) que tienen gracia. No tanta gra-



EL GRAN TRIANÓN DE VERSALLES

Sí, ilustres lectores de mi alma. Esta cosa tan pequeña es el gran Trianón. Este edificio chato, que si estuviera en los Cuatro Caminos de Madrid nos daría vergüenza y lo tendríamos tapado con una sábana, es el lugar histórico desde donde Luis XVI y María Antonieta chinchaban elegante y versallescamente a los parisenses, y donde, unos años antes, Luis XIV chinchaba a la señora de Maintenon..., o viceversa, que esto no está bien comprobado todavía. Aunque yo creo que era ella la que le chinchaba a él. Y tengo mis razones, que, con su permiso, me reservo.

cia ni tan serrano salero como ustedes y como yo; pero por lo menos algo de grajeo y de humorismo que les permite expeler un chistecillo cada mes, o cada dos, o cada primero de año, según los casos.

Voy a ponerles a ustedes un par de ejemplos con las dos ingeniosidades que están actualmente haciendo revolcarse de risa a toda la *ville Lumière*, desde el modesto *apache* hasta el suntuoso Poincaré y distinguida esposa, cuyos pies beso (suponiendo que me dejen).

Hay en París un ferrocarril de circunvalación que aquí llaman *la cintura*. En la descomunal Lutecia, *coger la cintura* es una cosa análoga a tomar el metro. Pues bien: un autor de este villorrio ha tenido la peregrina idea de hacer una escena en una estación del susodicho ferrocarril. Una linda viajera aguarda un convoy, se le acerca un gachó, la propina un abrazo morrocotudo y, al responder ella con una bofetada republicana, grita él muy enfadado:

— ¡Señorital ¡A mí me ha ordenado mi mamá que *coja la cintura!*

¿Qué les parece a ustedes?

Pues el autor de esta sentencia lleva cobrados cien mil francos de derechos de propiedad de la obra, que el público va a ver con el único y exclusivo objeto de oír el chiste mencionado. Y no sirve que le diga usted al cándido parisense: «Mire, *monsieur*, el chiste es éste y se lo voy a recitar gratis...» ¡Si él no va a oírlo, no se conformal!...

Menos mal que la otra ingeniosidad tiene un poco más de miga.

Existe aquí un *cabaret* en el cual es-

candaliza el *jazz-band* más aterrador de París. Lo constituyen doce negros cimarrones, de los cuales seis tocan o soplan en unos trompetones apocalípticos e indescifrables. Es tal la cantidad de aire que hay que meter en los indicados instrumentos para que suenen, que ya han fallecido cuatro negros por vaciarse el pecho para que bailen los juerguistas. Al fallecer el primer negro no pasó nada más que el sentimiento lógico de sus compañeros y la sorpresa del público, que creía que los negros no se morían de muerte natural. Al fallecer el segundo, se empezó a escamar la gente, y al morir los otros dos, chocó ya mucho el que salieran (con destino al otro barrio) tantos negros repetidos.

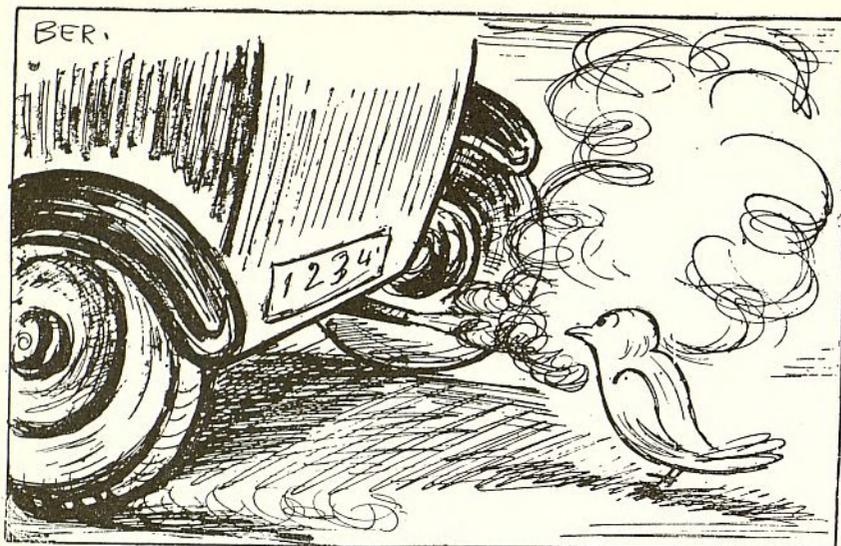
Y hace unos días, en el lugar destinado al *jazz*, y sobre el piano, apareció un cartel enorme, en el que una mano alevé y desconocida había escrito estas palabras, que envolvían para los negros un saludable consejo:

NO TOCAD PELIGRO DE MUERTE

Consejo que no estaría de más que se diera en Madrid a las orquestas que tocan *La montería*, porque por cartas que estoy recibiendo aquí, sé que un día se van a enfadar unos cuantos señores y van a interrumpir el *¡hay que ver!* con una ensalada de palos que se va a chamuscar Troya...

ERNESTO POLO

París. — Brasserie Bofinger. — Abril.



EL PASO DE CUARENTA CABALLOS

Dib. BERGSTROM. — París.

EL GORRIÓN (defraudado). — ¿Y esto es todo?...

¡PASIONAL!

Yo la amaba como Romeo a Julieta, como Abelardo a Eloísa, como Daoíz a Velarde. (Porque he de advertiros, por si no lo sabéis, que los dos héroes se querían como hermanos.)

La conocí un jueves por la tarde, en Colón; dobló por Jorge Juan; se fijó en mí por Serrano. Entró en una farmacia; compró belladona. Estaba tan bella, tenía unos ojos tan zaragateros, que entré también y pedí zaragatona. El mancebo, galante, le ofreció unas pastillas y unas gotas de limón; yo, celoso, la miré; pero ella se llevó a la boca una gota, serena. A pesar de ello, noté que mi mirada había levantado una tempestad en su alma, porque al coger las pastillas, cayeron cuatro gotas.

Aquel día no pude saber si me amaba, porque era bizca. ¡Y, sin embargo, yo la amaba, a pesar del estrabismo, porque el amor es ciego!

Como los que tuercen los ojos miran a un lado para fijarse en otro, estuve toda la tarde sin saber si me miraba a mí, pues unas veces me parecía un timo y otras veces un engaño.

A poco, al volver una esquina, la perdí. En vano quise encontrarla, hasta que una mañana la vi del brazo de un hombre que luego supe que era su esposo. También me enteré que aquel ser que la acompañaba era apasionadísimo y celoso, y que había conseguido el amor de su esposa escribiéndola con la propia sangre de sus venas; lo que hizo que ella, aterrada por la frecuencia y la extensión de las epístolas, se casara con él ante el temor de que un día se quedara exangüe mojando la pluma. Claro

que luego resultó que padecía de hemorragias nasales, y aprovechaba esta contingencia para urdir el truco sanguíneo. Más tarde me enteré que era agente general de una Compañía aseguradora contra las setas venenosas, y que este cargo le obligaba a viajar con frecuencia por los lugares donde se da la seta.

Esta última noticia me dió nuevos ánimos para la conquista, y redoblando mi asiduidad y mi persecución, llegué a conseguir que me hiciera cara.

Me hablaba por los dedos a lo largo de los paseos y de las calles. Me hacía letras y letras, y yo no entendía ni jota. Luego usó el lenguaje de las flores. Se ponía una rosa en el pecho o una margarita. Unas veces sobre el lado derecho, otras sobre el corazón. Poco a poco fueron diciéndome cosas los pétalos, las corolas, los capullos. Una tarde se puso sobre el pecho un ramito de reseda y dos claveles. En seguida leí: «Resido Clavel, dos». Eran sus señas. Yo tuve siempre la certeza de verla entrar y salir de su nido; llegar a él era imposible, porque el esposo podía volver cuando menos era esperado.

Se llamaba Pascasia; yo la llamaba Casia primero; luego Casi; después, casi no la llamaba, porque la nombraban mis ojos solamente.

Nos quisimos como los pajarillos: hoy en una rama, mañana en otra. Hasta que un día volé, por ver de libertarla, trayéndole unos granos de trigo; fui a Barcelona, tardé en volver, estuve a la muerte, el cuerpo se me llenó de forúnculos, y al fin volví, pero sin un grano.

Un día, en ausencia del esposo, Ca-

sia me invitó a tomar una taza de té en su casa. Quería que probara un plumcake que elaboraban sus manos.

Como todas las precauciones eran pocas, ante la inopinada llegada del marido, se le ocurrió a Casi una idea.

— Mira — me dijo —: yo subiré primero, y en cuanto llegue a mi cuarto encenderé la luz y la volveré a apagar, hasta tres veces. Si no hiciera esta señal, es que está mi marido en casa, y ya probarás el cake otro día.

Yo esperé ansioso en la acera, escudriñando todos los balcones, para no perder el detalle de la luz, que era para mí como el faro para el naufrago perdido en la borrasca. Mis ojos se multiplicaban para mirar atento. Una luz se encendió y yo esperaba que volviera a apagarse; otra encendida se apagaba, y yo esperaba que volviera a encenderse. Pero nada; no veía la señal. Yo ignoraba si era que no me la hacían o si había escapado a la visión de mi retina; pero iba pasando el tiempo y el aviso convenido no llegaba. Pasaron minutos y minutos, y luego una hora y otra. Indudablemente, al subir había encontrado a su marido; tal vez habría descubierto nuestros amores, y la esperara agazapado para vengarse, matándola. ¡Se me ponía carne de gallina pensándolo! ¡La veía hecha una tortilla sobre las losas! ¡Tendida en el suelo, después de una ensalada de palos! ¡La carne, la tortilla, la ensalada! Tal vez pensaba que todo aquello podía ser alucinación de la debilidad, pues no había cenado.

Al siguiente día, después de una noche de horrible pesadilla y de buscar en los periódicos de la mañana el epígrafe de un crimen de adulterio, me fui a la puerta de su casa.

Salió al mediodía; observé que, aunque me había visto, no me hacía caso. En su mirada ponía la frialdad del mármol y en sus labios un mohín de desprecio que hirió mi corazón como una hoja toledana. La seguí, quise abordarla, y me rechazó con dureza.

— ¡Te esperé hasta el alba casil — la dije apasionado.

— ¡Incierto! — me arguyó, clavándome la mirada no sé dónde —. ¡Rompi la llave de la luz de tanto apagar y encender la Phillips Arga de mi gabinetel

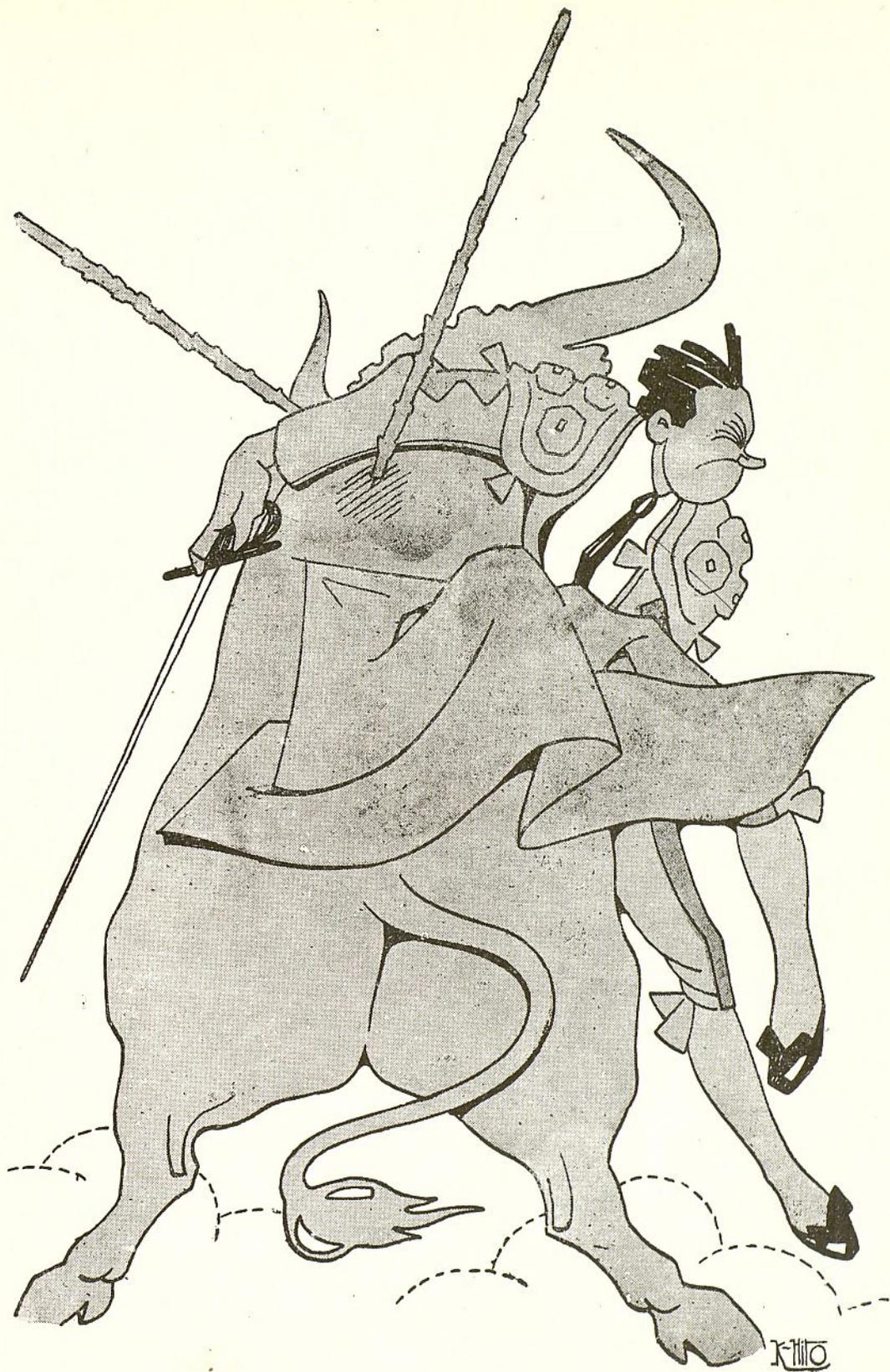
— ¡Mis ojos no percibieron la señal, Pascasita!

— ¡Falso!

Ya íbamos a llegar a la ruptura, cuando el cascabeleo de su risa comenzó a sonar en sus labios como toque de gloria. En vano la interrogaba por el motivo de sus carcajadas, que ya llegaban a ser convulsivas. Por fin pudo hablar, y entre risas me dijo, para después seguir riendo más:

— ¡Es que se me había olvidado que vivo en un piso interior!

ANTONIO PLAÑOL



Dib. K-Hiro. — Madrid.

LA ESTOCA DE LA TARDE
— Bueno... ¡Lo he hecho harinal...

Ayuntamiento de Madrid

LAS COSAS DE LOS TEATROS

¿SÁBADO DE GLORIA?

Un amigo mío, aficionado por el Teatro hasta la obsesión, me decía el Viernes Santo:

— ¡Mañana sí que es gran día para vosotros los que hacéis artículos sobre los estrenos! En esta época del año os envidio con toda mi alma: tenéis donde elegir; podéis ir a tres o cuatro funciones... ¡Qué buena vida os dais!

— ¿Estás seguro?

— ¿Cuántos estrenos hay?

— Un horror.

— Pues ya ves.

Contristado, lleno de pesadumbre, hablé así:

— Tú eres un mentecato, que no has ido en tu vida a una butaca de platea; tú no conoces a un cronista teatral, ni por el forro. Con lo que estás diciéndome me amargas la vida mucho más de lo que ya la tengo. Si fuese capaz del odio a muerte, desearía que te confundieran con los asesinos de los ambulantes de Sevilla, si quiera hasta que se terminase el juicio sumarísimo y se dictase y se ejecutase la sentencia. Tú no sabes lo que es bueno..., ni yo, al salir mañana de los estrenos, podré darte una idea vaga de ello.

»El Sábado de Gloria es la apoteosis del mal gusto; la feria de la mediocridad; el saldo de los estrenos *insospechados*. Después de las representaciones del Sábado de Gloria, me habré creado muchos más enemigos de los que en la actualidad me distinguen con su rabia.

»Todos aquellos que interpretan y hagan representar estas comedias y zarzuelas que ves en las carteleras, se ofenderán conmigo si los trato mal o si quiera si me ocupo de ellos medianamente; me creerán injusto y envidioso; invocarán sus sagrados intereses, el pan de sus padres y de sus hijos; verán en mí el monstruo lleno de perversidad dispuesto a verter un veneno en unas cuartillas horribles...

»En cambio, los espectadores que, agraviados en su buen gusto y en su sensatez, salgan poseídos de indignación de los diversos Coliseos, y al día siguiente esperen que yo les reivindicque, y se encuentren con mis paliativos y mis eufemismos, me *mentarán* algo muy respetable y dirán cosas malas de mi sinceridad, de mi honradez profesional y de mis aptitudes de revistero de teatros. Y esto que me ocurrirá a mí, les sucederá también a mis ilustres

cofrades, los encargados de la parte escénica en los diversos periódicos de la villa y corte. ¿Tú crees que mañana es para nosotros el Sábado de Gloria? Pues, en realidad, es la madrugada de la desesperación y de las invocaciones al Infierno.»

Así hablé a mi amigo, dejándole estupefacto, lleno de incertidumbre y algo amoscado.

Pero pasaron los días del sábado y domingo, y nuestro hombre vino a vernos. Nos abrazó conmovido, nos miró de arriba abajo, permaneció en silencio largo rato, y, al fin, como poseído de un entusiasmo febril, comenzó a dispararnos elogios.

— ¡Eres un *hacha*! ¡Vaya pupila! ¡El amo, y nada más que el amo, eres tú!

— ¡...!

— Que te felicito y te doy el pésame al mismo tiempo.

— ¡...!



Dib. LÓPEZ REV. — Madrid.

Leyendo:

— *Ven sin falta: si llueve por la mañana, vienes por la tarde, y si llueve por la tarde..., entonces..., vienes por la mañana.*

— Hay que felicitarte, hay que compadecerte y extrañarse de que aun residuas en Madrid y no estés avecinado como *alienado primero* en el manicomio de Ciempozuelos.

— Pero ¿qué hablas, que no me entero?

— Que vi los estrenos del Sábado de Gloria, este día tarde y noche, y que en los sucesivos he completado el recorrido. ¡Y que es la locura! Si no hubiera sido por temor al Directorio, que reprimiría enérgicamente cualquier alteración del orden, creo firmemente que a estas horas no habría teatros en Madrid. El furor incendiario no dejara títere con cabeza — autores y actores — ni escenario que no estuviera envuelto en llamas. ¿Quieres que pasemos revista?

— ¿De bomberos?

— De obras estrenadas.

— Empieza.

— En el Reina Victoria: *Seis personajes en busca del divorcio...*

— ¿Qué te pareció?

— Que el divorcio es con el público...

— ¿El sol de Sevilla?

— Estuvo nublado.

— ¿Bartolo tiene una flauta?

— Que ni por casualidad sonó.

— ¿El puente de Triana?

— Se hundió el puente.

— ¿El resto?

— No quiero hablarte de otras obras, porque sé que sus autores son tus amigos. La dramática española tuvo una mala jornada: echamos un velo tupido sobre lo pasado, y hagamos votos por el arrepentimiento de los autores...

Nuestro hombre habló así. Añadió que la culpa de todo la teníamos los *periodiqueros*, por faltar a la verdad y no decir las cosas por su nombre.

Esta es la triste impresión del Sábado de Gloria.

Y sólo me falta consignar que el hombre que habló con tal cordura, se hartó de aplaudir en los teatros, y él, y otros como él, llamaron a escena a los autores, y no hubo estreno en que los *responsables* respectivos no saliesen complacidos a saludar desde la batería.

Esto es: que el público aplaude; la gente llena los teatros; los autores tienen la sensación del éxito positivo y franco..., y que los únicos responsables de cuanto ocurre son los que tienen que decir, al día siguiente, que la obra «fué del agrado de los espectadores».

Con lo fácil y lo cómodo que hubiese sido para nosotros escribir una gacetilla que dijese: «Las obras representadas ayer en Madrid fueron unánimemente rechazadas.»

JOSÉ L. MAYRAL

MAL HUMOR

El hombre, que por dentro es un río, está sujeto al flujo y reflujo de su linfa corriente; y ya el caudal es limpio y sosegado, ya se enturbia y sálese de madre, de padre y de toda tutela. Hoy, al despertarnos, cantábamos un cuplé manido, aunque bello; mañana, nuestro primer respiro será una imprecación airada contra los cuplés de la cocinera del segundo, que todos los días, por lo visto, se despierta de buen humor.

Hay gentes que parecen estar satisfechas desde que nacieron; y otras pasan sus semanas rabiando, y sólo tienen buen humor los domingos.

En general, aun cuando el buen humor es amable, y detestable el malo, permítaseme aventurar que en cien casos el mal humor tiene sus ventajas.

Por ejemplo, si la jovencita del principal se halla malhumorada, no toca en todo el día su violín antipático.

Por no sé qué extraña reacción psicológica, en cuanto cierto actor cómico, amigo mío, mostraba mala cara, prometía mayor lucimiento; él, hecho a estar entre bastidores, bordaba sus papeles, bordábalos con primor; pero, ¡oh cuando venía de mal temple! Rugía, tropezaba con los traspuntes, y con las actrices, sobre todo; y yo, no pudiéndole soportar, dejábale en el escenario, y me iba a butacas a desencuadernarme de risa, porque aquella noche él estaba estupendo, con un humorismo que creo que es el mal humor del talento. Las grandes obras vienen a demostrar, como axioma, que el mal genio del genio es el genio.

En cambio, puedo referirme a un sujeto, que cuando amanece de buenas nos da a los amigos un puñetazo cariñoso en el vacío, nos pone faltas o nos pide dinero con un optimismo odioso.

Rasgos de ejemplar mal humor llenan la historia. Sublimes, geniales, fueron los enojos de Moisés... El agriado gesto antipático de Catón libró a la débil Roma de Cartago... Las cuentas del Gran Capitán fueron cuentas de casero iracundo... Cervantes acabó el *Quijote* de mal humor... Enfadado salió Colón de España, y regresó más enfadado aún...

Nuestra vida particular está llena de casos en que el mal humor suele ser preferible. Un día de buen humor nos casamos. Un día de buen humor nos comprometimos a llevar de veraneo a la familia, etc.; y todo contratiempo viene a tener origen en un rato de buen humor.

¡Qué excelente humor teníamos cuando se nos perdió el paraguas caro; cuando compramos la pianola de lance, que no suena ni a tiros; cuando nos gastamos los ahorros de un año en una hora tonta!...

El mal talante es calumniado, y lo puedo comprobar por mí mismo.

Levántome hoy de mala manera, enojándome contra el despertador, contra las voces del panadero, contra la suegra, contra los cordones de las botas, contra los tirantes, contra la corbata, contra todo el mundo... Póngome a escribir unas cuartillas de quintillas que, cuando las imaginé, me gustaban; pero no encuentro consonante a congrio, y ya estoy vociferando contra las musas.

Cojo el cuento de ayer, y me convenzo de que era una paparrucha aborrecible: el eterno cuento de la joven ena-

morada y de mal humor porque no le permiten *este* novio, el único, precisamente, a quien ella ama.

No sé cómo hubiera yo osado llevar esto a ningún periódico.

Pues bien: rompo lo escrito, caso a la suegra con el joven despreciado, accidente a la chica, la llevo a la farmacia, la pongo en relaciones con el boticario, tiro a la boticaria por el balcón, describo, finalmente, el entierro del loro culpable..., y resulta el cuento más divertido.

— ¡Qué buen humor tiene usted! — dicenme los que leen este guisado —. Usted debe levantarse cantando el «¡Venga alegrial...»

Y no, no; es el mal genio el padre de la más fulminante literatura cómica.

José BRUNO



Dib. TATITO. — Zaragoza.

— ¿Qué va a ser, caballero?
— Afeitar, y el pelo dejarlo para raya...

SEÑORITA TELEFONISTA

Señorita: el teléfono es una preciosa invención que sirve, entre otras cosas, para que usted se gane el pan dignamente y para que dos bocas y dos oídos se comuniquen entre sí. Señorita: yo me he ido a casa de un amigo que vive en el barrio de Salamanca; a casa de un pariente domiciliado en el barrio de Pozas; a una oficina del barrio de Embajadores; a una tienda de la Puerta del Sol, y desde todos estos sitios he solicitado comunicación telefónica para decir por teléfono unas cosas urgentes, y desde todos estos sitios me he cansado de darle vueltas a esa manivelita, o de oprimir ese botón que tienen los aparatos telefónicos para hablar por teléfono.

Y lo he solicitado dispuesto, como es norma rigurosa en mí, a valerme de las fórmulas más exquisitas que ha inventado la buena educación. Yo soy uno de tantos hombres honrados que cuando pedimos un favor, aunque sea por teléfono, sonreímos. Sí, señorita; le juro a usted que yo soy ese señor que habrá usted visto acercarse a un guardia, sombrero en mano, para preguntarle cualquier cosilla; yo soy ese individuo que habla con timidez a las porteras al indagar dónde vive el personaje en cuya busca viene;

yo soy esa espalda que se encorva ante el enlevitado ordenanza; esa mano cobarde que empuja la puerta de un Negociado; esa sonrisita que asoma tras la puerta; esa voz que averigua meliflua: «¿Se puede?»; ese pie que tropieza en la alfombra de la Subsecretaría; esa sombra encogida que se oculta en el ángulo de la sala del director; esa tosecita que en la antesala desierta señala la presencia de un ser vivo y resignado; esa humildad, en fin, cortés, respetuosa, siempre cohibida por el temor de parecer inoportuna, exigente y ambiciosa...

Pues bien, señorita: yo soy un desgraciado, que raras veces, muy raras, logra comunicar por teléfono con nadie en este Madrid, cada día más grande, con todos sus tranvías atestaditos de gente y todos sus barrios distantisimos unos de otros. Coloco el dedo sobre el botón, preparo mi sonrisa crónica, y espero... Transcurre un rato. Yo, que suelo tener cierta noción de las esperas, justifico mi espera; de fijo, señorita, está usted dando los últimos bocadines al bocadillo de ternera fiambre, o concluyendo de contarle a la compañera el último, por ahora, episodio visto en el cine, o narrándole la divertida anécdota del novio de tanda.

Ya lo sé, señorita; tienen ustedes mucho trabajo; les retribuyen a todas ustedes muy mal... Por eso aguardo a que se me dé la comunicación pedida, y domino mis nervios, que, como dije más arriba, poseen cierta noción cronológica de la impaciencia. Llamo, al fin, otra vez; el corazón se me asoma a la garganta... Deshojo la fétida margarita de la duda: «¿Contestará ahora la señorita telefonista?» «¿No contestará?» Silencio. Nuevamente el dedo se clava en el botón; nuevamente el oído, alucinado por la esperanza, cree percibir la voz angelical de usted, señorita. Transcurren otros diez minutos. La vida, desde nuestro balcón, corre, ríe, canta, atropella; es vértigo, es júbilo de caminar, es dinamismo de moverse, de ir y venir... Silencio. Inmovilidad. Llamo, evangélico. Al fin, un ruidito... «¿A ver? Sí; sí...» Una voz displicente, una voz amada por lo distante y lo apetecida — la voz de usted —, exclama: «Diga.» Y digo, vocalizando versallescamente: «Ma...-yor, tres, dos, tres; ten...ga la bon...dad...»

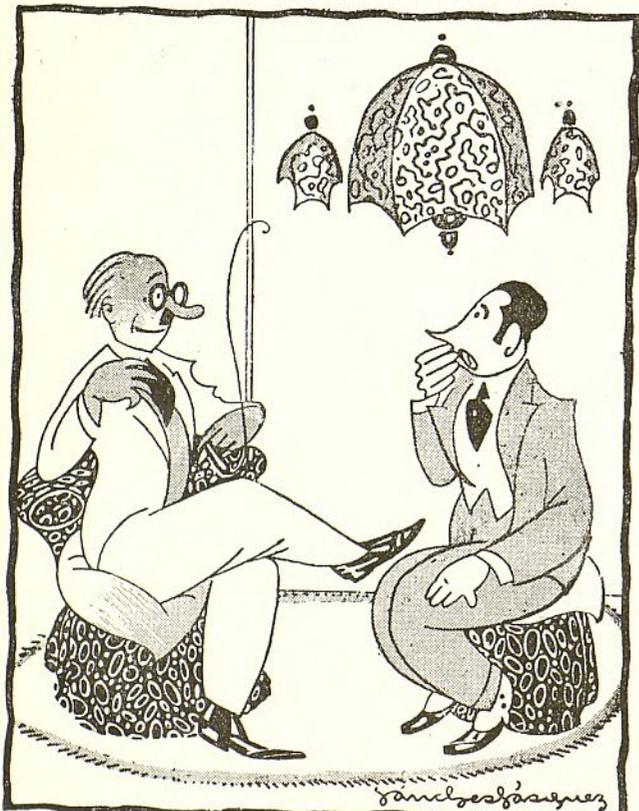
Y espero; espero siempre. La espera telefónica es higiénica y romántica; educa los nervios, desarrolla el tejido adiposo, fortifica la voluntad; alecciona en el dulce embeleso de divagar: «Qué ruido será ése remoto?» «¿Cómo tendrá la casa ese Fulano con quien voy a dialogar?» «¿Qué ojos corresponderán con esa boca femenina que acabo de oír?» Y el tiempo, fugaz, sigue evaporándose.

Señorita: yo, en tanto pienso, como usted ve, cuelgo y descuelgo el auricular varias veces. Aspiro al honor de que se me ponga en comunicación telefónica. Ya lo sé: tienen ustedes mucho trabajo; les dan un sueldo vergonzoso... «Central... Señorita... Central... ¿Eh?... Señorita... ¡Señorita!... ¡Señorita!... Ma-yor, Ma-yor, tres, dos, tres; hágame el obsequio. Tres, dos, tres; sí, señorita. Gracias...»

Y los minutos se empujan en el silencio... Suena, al fin, un ruidito; parece que se destapa, de pronto, un infierno de ruidos; y la voz, la lejana voz de usted, señorita, se sirve abrumarnos con estas terribles palabras, que jamás presentimos en las horas más trágicas de nuestra vida: «Está comunicando...»

¡No; la Mentira, hija predilecta de la Fantasía, no ha tenido nunca más genial hallazgo! ¡No; la musa griega no urdió nunca frase más desgarradora! En lo último del barrio de Argüelles, en lo más sonoro de la calle de Alcalá, bajo el trepidar de la fábrica, y sobre el encerrado del hotel, yo he visto, señorita, llorar a muchos hombres amargamente, con una mano en la frente y otra en la manivela.

E. RAMÍREZ ÁNGEL



Dibujo
SÁNCHEZ VÁZQUEZ
Málaga

— *Estoy falto de sueño. Hay noches que no duermo ni tres horas...*

— *Pues yo hace dos años que no pego los ojos. Padezco una neuroinsomnioparalaxitis.*

— *Pues yo, a un niño de pecho...*

DISCOS DE GRAMÓFONO LA MUJER

EL DUEÑO DE LA CASA (*colocando un disco en la plataforma giratoria del gramófono*). — Vamos a escuchar unas palabras sumamente interesantes que se refieren a la mujer. Un poco de silencio.

EL GRAMÓFONO. — ¡Brrr! ¡Chas, chas!... Roooo... Ro, ro, ro, roooo... ¡La mujer! En anteriores discos se ha hablado del matrimonio y del hombre; hoy le toca el turno a la mujer, porque ya es sabido que a todo el mundo le llega su hora. Sigamos el usado método, y comencemos por definir el objeto de nuestra disertación.

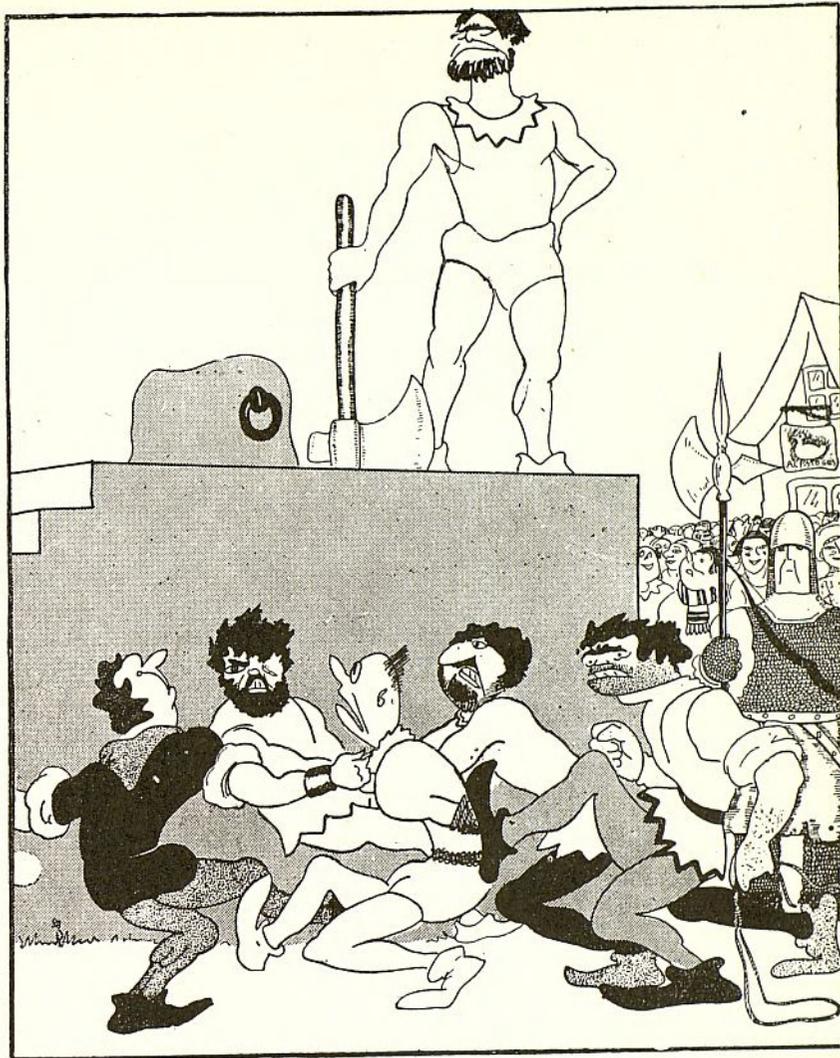
»Se llama mujer a una planta de flor polipétala que sirve para quitar el dolor de cabeza, pero que, usada con excesiva frecuencia, llega también a producirlo.

»Su origen es antiquísimo, y parece ser que nació, en unión de todo lo creado, en el conocidísimo jardín *Paraiso terrenal*, que estuvo enclavado en la Mesopotamia. Más tarde, la mujer se extendió por el resto del mundo, donde se multiplicó considerablemente, pues es capaz de desarrollarse en todos los climas, aunque su cultivo es complicadísimo y muy delicado.

»La mujer española, una de las variedades más encomiadas de dicha planta, es de poco tamaño, graciosa, flexible, tiene un olor exquisito y penetrante, y dan ganas de comérsela, aunque no es francamente comestible, porque se indigesta. Los salvajes llamados antropófagos se comen la mujer y no sufren indigestiones, porque están acostumbrados a comidas fuertes; también se comen el animal llamado hombre, y les sienta a maravilla.

»La mujer es una planta que no se cría nunca en la soledad; por el contrario, necesita para subsistir reunirse en abigarrados grupos, y cuando se halla en ese estado produce un endiablado ruido de hojas, denominado por los naturalistas *conversación*. Los lugares en que se encuentran reunidas las plantas de que nos ocupamos reciben el nombre de *tiendas de modas*, y la conversación es tan fuerte e incesante, que su ruido hace huir a animales tan feroces y arrojados como el hombre. Se dan casos en que la planta mujer se desarrolla extraordinariamente y adquiere grandes proporciones; pero repetimos que en España esos casos son excepcionales.

»A pesar de su afán a reunirse con sus congéneres, la planta en cuestión las ama muy poco, y se nota en ella que se cree superior y más linda y olorosa que sus semejantes.



Dib. ABCDEFG. — Madrid.

EL REO. — ¡Atíza!... ¡Un tuertol!... ¡Me da el corazón que algo malo va a sucederme hoy a mí!...

»Hemos dicho que su cultivo requiere mucho cuidado. Como es débil y frágil, hay que preservarla de los vientos huracanados y de multitud de enfermedades que la acechan constantemente, tales como el histerismo, la soberbia, la coquetería, la memez, la literatura, el deseo inmoderado de lujo, la superficialidad, la vagancia y la sospecha de no ser comprendidas, que puede afirmarse que ésta es la peor de todas las dolencias.

»Los frutos de esta planta son masculinos y femeninos, y se conocen por *niño* y *niña*.

»El instinto de reproducción es extraño en la mujer, porque siendo una planta, no se vale de otras de su especie para reproducirse, sino que para lo-

grarlo se une con el animal que conocemos por *hombre*.

»Como toda persona sensata comprenderá, estas uniones absurdas suelen dar pésimos resultados y traer muy malas consecuencias.

»La planta mujer (*Mulieribus stultitiæ* para los botánicos) busca el objeto de su amor entre los hombres más idiotas, y es caso frecuentísimo que, cuanto más hermosa, se junta a un compañero más sandío y lamentable. Con excepciones rarísimas (1), la mujer — planta al fin y al cabo — no piensa en nada serio y trascendental, y sólo se nota agitada por las sensaciones de los sentidos, parte la más grosera de la vida.

(1) «En nada puede generalizarse.» — Tomás Moro.

Por eso el animal hombre que busque en ella una compañera a sus trabajos, hace el ridículo y se ve obligado a retroceder en su conducta.

»De vez en cuando una planta de las que hablamos resulta inteligente, equilibrada y capaz; pero ya se comprende que esta clase de fenómenos son rarísimos.

»No puede negarse, a pesar de lo expuesto, que la mujer es una planta muy solicitada, porque su bella apariencia es el mejor adorno de las habitaciones, y gracias a esto ha llegado a creerse imprescindible.

»Esta creencia es errónea; pero su antigüedad hace tomarla como cierta incluso a los hombres.

»Algunas veces varias mujeres superiores pretenden igualar a sus compañeras, en derechos y deberes, al animal hombre, lo que se conoce como *feminismo*; pero fracasan, a causa de la imperfección e insuficiencia de las demás.

»La mujer tiene estúpidas costumbres que resultan absurdas en una planta; la más extendida es la conocida por *baile*, y que consiste en ejecutar unos movimientos grotescos al compás de una música y abrazada a un hombre. De esto se deduce que también algunos hombres bailan; en ellos no resulta tan absurdo, pues ya se ha dicho que son unos animales, condición que justifica todas las sandeces.

»Se ha pensado en borrar del planeta la planta precitada; pero como es necesaria para la obtención de *niños* y *niñas*, fruto apreciadísimo entre los humanos, nada se ha hecho en este extremo. Quedaba la solución de hacer desaparecer a la generalidad y dejar únicamente a las excepcionales; mas como todas ellas creen serlo, tampoco esto ha sido posible. ¡Re, ro, rooo!... ¡Chas, chasl...»

Por la copia del disco,
ENRIQUE JARDIEL PONCELA

EL MILAGRO DEL ELEFANTE

NARRACIÓN ELEFANTÁSTICA

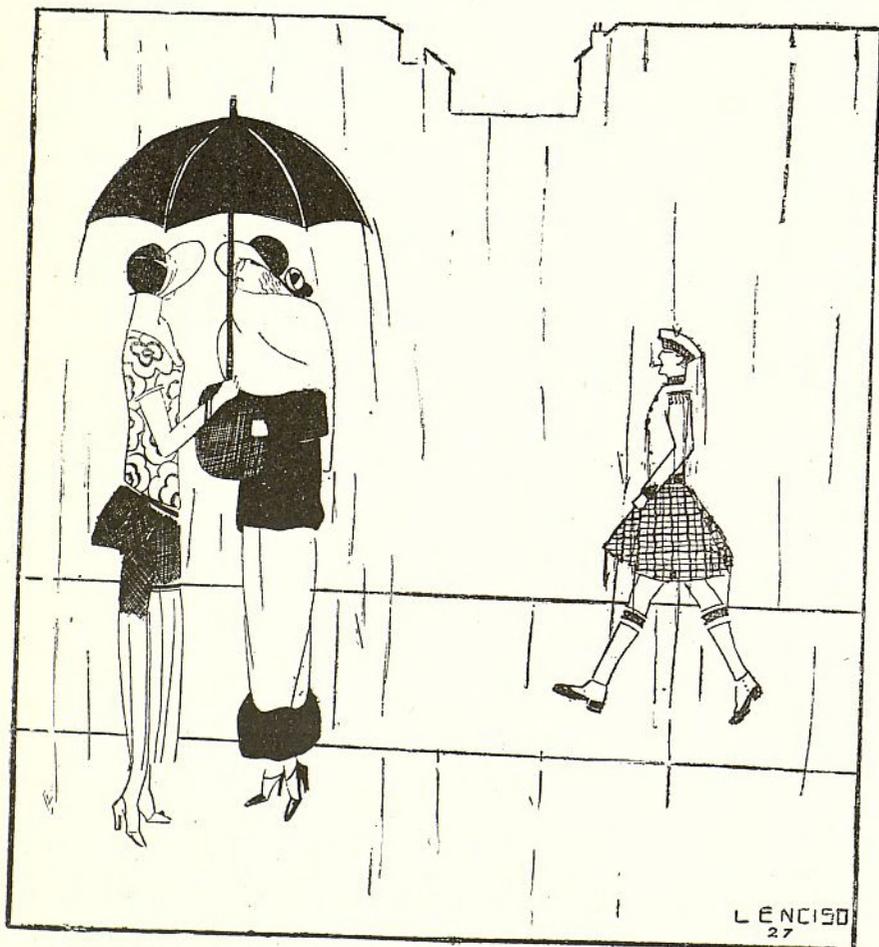
Si ustedes no tienen inconveniente, que no creo que le tengan, voy a referirles un suceso un tanto absurdo, un poco macabro, un rato escabroso y unas porciones sentimental, a la par que bufonesco, paradójico, estupefactante, estafalario e hispanoamericano. Como ustedes verán, por el anuncio que les acabo de esbozar ligeramente, la cosa no es una cosa vulgar ni despreciable, y merece la pena de conocerse en ambos hemisferios, para regocijo y admiración de las diversas razas que, a despecho suyo, pueblan el planeta.

Es el caso que en España, o en América (no les importa a ustedes dónde, ni a mí tampoco), hace unos años respiraba el oxígeno que por clasificación le correspondía un sujeto honradísimo llamado Aristides Gallardo y Mas. Este buen hombre era un empleado de Hacienda, y, además de tener ese empleo, tenía una esposa que tiraba de espaldas..., y si me apuran ustedes, de frente y de costado también...

Algo casquivana ella, y él jorobado de nacimiento, se acabó de jorobar al casarse. Sus amigos, por broma, por sarcasmo, y porque les daba la gana, le llamaban Gallardo a todas horas, uniendo tan juncal apellido a su deshonesta chepa, que era el ludibrio de los vecinos, la preocupación de los jugadores de Lotería y una de las curiosidades que se enseñaban en el barrio a los extranjeros.

La mujer de Gallardo, que he dicho antes que era algo casquivana, y que ahora digo que no tenía ni tanto así de vergüenza, poseía un elefante chiquitín (de esos que, colgados al cuello con una cadenita, dan la suerte). Este elefantito, que era de una laca colosal cuando ella lo adquirió, fué de una loca pérdida en cuanto fué de ella. Y no estamos muy enterados de lo que perseguía la esposa de Gallardo y Mas con la compra del *porte-bonheur* mencionado, pero suponemos con trágico fundamento que lo que ella deseaba era tener más suerte que la que, hasta el presente, había tenido, sobre todo en cuestión de amores, pues por honrado (aunque no cabal) que fuese Aristides Gallardo, como marido era una deleznable *birria*, capaz de hacer aborrecer la existencia conyugal a la santa más mártir del Cristianismo, cosa que no era su linda costilla, como lo probó a los siete días de poseer el elefantín.

No sabemos de qué manera pasó;



- Mira qué hombre tan salado.
- ¿Por qué?
- Porque es de Escocia, y ba...-calao.

Dib. ENCISO. — Madrid.

pero el hecho innegable es que ese día séptimo tuvo la esposa de Gallardo unas palabras gruesas con un registrador de la propiedad.

De las palabras se pasó a los hechos, y Gallardo quedó en ridículo de la forma más decorativa que ustedes pueden imaginarse.

Su honor anduvo navegando por el piélago inmenso del vacío, en tanto que él moraba en la higuera más copuda de su jardín.

Los amigos, conscientes de su espesa desventura, dejaron de chirigotearse con el apellido, y cuando veíanse precisados a llamarle Gallardo, se lo llamaban con una entonación shakespeariana que daba congoja.

Pero un día, uno de los amigos, el más serio de todos, opinó que, a pesar de la entonación, el humorismo del apellido seguía palpable, y resolvió llamarle por el segundo de sus patronímicos. Y así lo hizo.

Pero dió la perra coincidencia de que en el momento de ir a llamarle, hallábase Gallardo y Mas rumiando un anónimo que le habían remitido a la oficina.

El anónimo decía poco; pero decía lo bastante para que Aristides, un algo escamado, se decidiese a decir para sus adentros:

— ¿Será que mi tierna esposa esté coqueteando con alguno de la otra acera? ¿Será que ha cometido la imprudencia de recibirle en visita sin estar yo en casa?

Y en aquel momento sonó la voz del amigo, que gritaba:

— ¡Mas!!...

El efecto fué bárbaro, apocalíptico, escenográfico... Aristides se demudó, tembló, tosió, se atragantó, y, dando un hípico salto, lanzó esta exclamación, digna de la pluma (o del lápiz) de Racine:

— ¡Mi mujer me la está pegando; pero que con soldadura autógena!!...

Todas las cabezas se inclinaron en señal de sentimiento y de asentimiento. Lloraron varios empleados, se desmayó un temporero, se sonrieron por lo bajo algunos meritorios y mecanógrafos, y el jefe del negociado abrió sus nervudos brazos, en los que se precipitó Gallardo, que (definitivamente jorobado por tercera vez) no abrigó la más minúscula duda respecto a la extensión e integridad de su desgracia.

Para reponerle de la emoción le dieron un caldo, y mientras lo ingurgitaba habló de ir en seguida a matar a los culpables.

Lo malo fué que el caldo era de gallina, y una vez bebido, notó Gallardo que tenía un canguelo tremebundo de verse enfrente de su rival.

Entonces tuvo una inspiración genial y dramática:

— ¡La culpa de todo la tiene el elefante de lacal! Esta misma noche se lo arrebató a mi señora, y dicho está que,

desde ese mismo momento, el de la suerte voy a ser yo, mientras que a mi ingrata compañera le va a venir la tiznada!

Y como lo pensó, lo hizo.

Al día siguiente, la adúltera criminosa y cauta echó de menos al elefante (que Gallardo y Mas se había metido en un bolsillo de la camiseta), y aunque no dijo nada, envió un anuncio al ABC diciendo que se había perdido un elefante, y que se gratificaría al que lo presentase.

Este anuncio causó gran alarma en el público, pues el que más y el que menos tembló al pensar en que podía encontrarse un monstruoso paquidermo durmiendo en el quicio de su portal, sin

que faltasen domadores de los que había en el circo Americano que se lanzasen a la calle con la esperanza de encontrarse con el animalito, cazarle, incautarse de él *ipso facto*, amaestrarle y hacerle ingresar en su colección zoológica.

No lo pudieron lograr, como ustedes habrán adivinado, y Gallardo continuó poseyendo el rico amuleto, que, según él, había de convertirle, en fecha más o menos cercana, en el mortal más dichoso del mapamundi.

Y en efecto...

¡A la semana siguiente, y de un modo repentino, falleció Gallardo!...

La impresión que su muerte produjo en la oficina fué colosal. Salvo un me-



Dib. REDONDO. — Madrid.

- Cuando acabó el conde su declaración, le dije que se limpiase...
- ¿Le rechazaste?
- No, mujer; es que, al arrodillarse, se había manchado el pantalón...

ritorio, que se alegró mucho, porque gracias a ella empezaría a cobrar (ocupando el puesto del que pasaba a ocupar el de Gallardo), todos los demás dedicaron una furtiva lágrima a la memoria de su compañero, lágrima que fue acompañada de algunas frases como las que siguen:

— ¡Ahora sí que se ha jorobado de verdad el pobre Gallardo!

— ¡Nuestro ínclito compañero, dentro de unos meses será Gallardo... y calaveral...

Y otras oraciones fúnebres por el estilo.

Como ustedes se figurarán, al otro día tuvo lugar el entierro. La viuda, encantada de serlo, había hecho unas esquelas pistonudas, suplicando el *taxi* y no admitiendo coronas, aunque las mandase el Banco Nacional de Viena, y todos los amigos de Gallardo tuvieron un inmenso placer en acompañar al silencioso cadáver hasta la última y definitiva morada, que dijo el otro.

¡Y aquí viene lo gordo!

Ustedes, como me pasó a mí, habrán pensado, seguramente: ¡¡Gachó con la suerte que el elefante le dió al simpático y sufrido Gallardo!!..

Y, sin embargo, ustedes y yo estábamos lamentablemente equivocados, porque en el entierro, contra toda lógica, contra todo precedente y contra las modas establecidas, ocurrió el caso que a continuación cito.

A un kilómetro del triste cementerio, se desbocaron los caballos del coche furibundo y funerario. Emprendieron veloz carrera, ante los asombrados ojos del duelo, que al asistir a un sepelio no pensó encontrarse con una carrera de

caballos (y empenachados, por añadidura), y al final volcaron el coche-estufa, derribando y haciendo cisco el féretro y causando la muerte al cochero, mientras surgía del ataúd, lanzando un *viva la República checoslovaca!* nuestro buen Gallardo, que no se había muerto, sino que se lo había creído nada más.

El estado cataléptico en que se hallaba había cesado al recibir *el golpe*, que a él le hizo una gracia loca..., y que tuvo la virtud de volver imbécil de la impresión a la esposa cuando por radiotelefonía se enteró del suceso.

Y con añadir ahora que, escarmentados por el timo que les había dado Gallardo, no querían los circunstantes creer en la muerte del cochero, hasta que él mismo les juró por su madre que estaba más muerto que la Defensa Social, y que no resucitaría ni dándole quinientas pesetas, termino y voy a firmar.

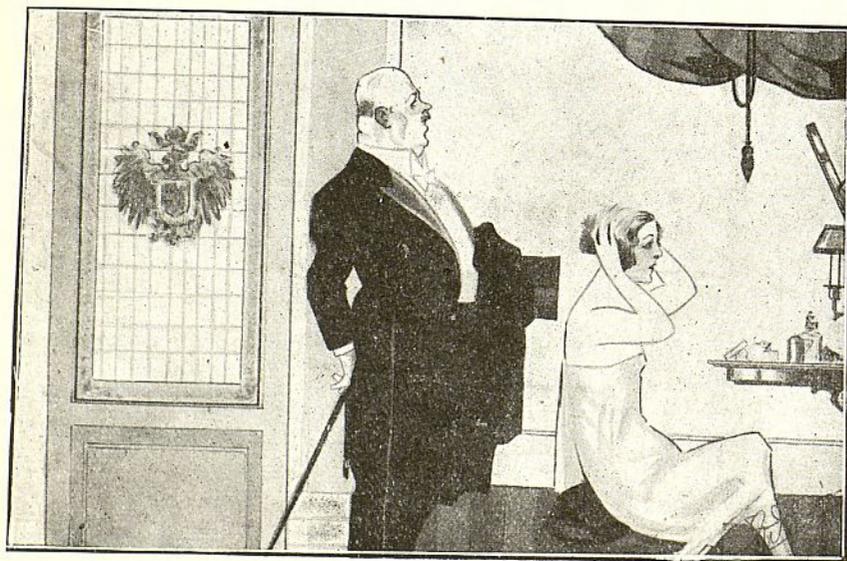
Pero antes haré constar que debemos todos felicitar ardentemente a Gallardo, porque el elefante le proporcionó una brillante resurrección, la perpetua idiotez de su esposa y el ver que tenía una infinidad de buenos amigos, exceptuando al meritorio que esperaba ascender, y que volvió a bajar vertiginosamente.

¡Ah! ¡Y se me olvidaba!

Que del trastazo tan enorme que se chupó al volcar el coche y apearse del féretro, se le redujo la joroba de tal manera, que hoy la tiene de una forma que casi le agracia...

¡Dios es grandel!..

NÉSTOR O. LOPE



Dib. ORTEGA. — Madrid.

ELLA. — ¿Y vas a ir al teatro con esa pechera tan llamativa?

EL. — Yo, sí; ¿y tú?..

HORCHATA DE "CHUFLAS"

OBSERVACIONES DE UN VIANDANTE

Servidor gusta de hacer observaciones callejeras. ¿Ustedes gustan? Es un entretenimiento barato, a la par que peripatético, que desarrolla la inteligencia y las pantorrillas. Con este grato ejercicio adquiere buenos músculos y agudo intelecto.

Siento no poder enseñar a ustedes colectivamente mis piernas, que para sí quisiera la Mistinguett; pero puedo fácilmente demostrarles que mi percepción intelectual ha llegado a afinarse de modo tal, que junto a ella una aguja del catorce viene a ser algo así como la Ciudad Eterna, que es la cosa más *roma* que se conoce. Y perdone el maestro Arniches que utilice uno de sus más explotados patrones, del que, dicho sea de paso — de paso y de Arniches —, por el reiterado abuso en comedias, sainetes y diálogos, empieza el público a estar hasta el cogote.

¿He dicho el cogote? Pues vamos al grano.

OBSERVACIÓN NÚMERO 1. — Todos ustedes habrán parado mientes en que las casas de préstamos tienen, por regla general, un letrero o cartelito que reza así: «Dinero por alhajas.» A mí esto me parece exacto y oportuno; pero, siguiendo el mismo criterio, las joyerías deberían anunciarse del siguiente modo: «Alhajas por dinero.» O no hay lógica.

OBSERVACIÓN NÚMERO 2. — Hace cinco años que, en mi callejear incansable, vengo viendo en determinada casa de determinado paseo un espléndido piso desalquilado, en cuyos balcones, y sobre el blanco impoluto de los albaranes — domino el léxico mucho mejor que D. Ricardo León, aunque no presumo —, un pincel previamente mojado en negra pintura trazó estas cuatro palabras: «Se alquila este piso.»

Yo aconsejaría al propietario que, en homenaje a la pijotera verdad, pusiera delante un NO como una catedral. Y si es castizo y no aspira a la Academia — aunque escasos, los hay —, que añadiese al final un «¡ni pa Dios!», con lo que se obtendría un todo mucho más ajustado a la realidad que la engañosa leyenda motivo de mi observación.

OBSERVACIÓN NÚMERO 3. — Sabido es que los anuncios y carteles se fijan en las vallas y en las fachadas. No obstante, yo creo que muchas veces no se fijan bien, porque si se fijasen, los atentados contra la ortografía serían menos fre-

cuentas. Algunas de estas faltas son livianas; pero otras, en cambio, son de mucho peso. ¡Ah, esas faltas de peso!...

Hay, por ejemplo, cierto anuncio en una valla situada en una vía muy céntrica en el cual léense un *viage* y un *hospedage* consecutivos, que al sujeto más tranquilo, y por muy sujeto que esté, le hacen encabritarse y pedir a voz en cuello un par de jotas, ni más ni menos que si estuviese en Riela en plena cuchipanda.

Siempre que paso frente al anuncio en cuestión, lo leo con la esperanza de ver corregido el lapsus. Pero, ¡quial! Allí continúan incommovibles las dos letras intrusas. ¡Ge, gel Y no crean ustedes que me río, sino todo lo contrario...

(Nota marginal. — ¿Qué opina Ramón Gómez de la Serna acerca de la letra *g*? Permítame que, refiriéndome a

las minúsculas y manuscritas, emita esta greguería de contrabando: La *g* es una *j* con careta de esgrima.)

OBSERVACIÓN NÚMERO 4. — En una esquina, junto a un montón de personajes episódicos de esos que se reúnen en las aceras para comentar el bando que prohíbe la formación de grupos con grave daño de los tertuliantes callejeros y de los fotógrafos, hay dos individuos que llaman mi atención particularmente. Uno de ellos es un mozo de cuerda; el otro, un jovencuelo bien plantado y presumido, que dice chicleos a cuantas faldas en movimiento aciertan a pasar por aquellos aledaños.

Una moza de cuerpo mareante, retrechero, garrido y *juaristi*, pasa taconeando y agitando las caderas en un delicioso barquín-barcón. Y he aquí — ¡caso

extraño! — que el mozo de cuerda, aun siendo de cuerda, continúa inmóvil, y que, en cambio, el joven bien plantado se desplanta y sale a paso largo detrás de la transeúnte, soplándole a la altura del moño un *simoun* de requiebros.
¡Oh, paradojal... ¡Oh, paradojal...

OBSERVACIÓN NÚMERO 5. — Esta observación no es mía, sino de los lectores que han llegado a estas alturas abriendo la boca como si les estuviesen empastando la muela del juicio, y se dicen, en pleno bostezo:

— ¿Cuándo acabará este tío de decir tonterías?

Y este tío contesta amablemente:
— Ahora mismo, señores, ahora mismo. Y ustedes disimulen si les he molestado.

ANDRÉS ORTIZ FERNÁNDEZ



Dib. ERRASTI. — Bilbao.

EN LAS CARRERAS!

— Esa juega por Papyrus.
— El de los papiros es el viejo...

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL DUELO TERRIBLE, por Cami

CUADRO PRIMERO

(La escena representa un camino.)

EL SEÑOR GORDO. — Este camino conduce directamente al lugar elegido para el duelo.

TESTIGO PRIMERO. — Su adversario ha impuesto terribles condiciones: ¡el trabuco a diez pasos! No le oculto que tiene usted grandes probabilidades...

EL SEÑOR GORDO. — ¿Usted cree...?

TESTIGO PRIMERO. — Grandes probabilidades de desaparecer de este valle de lágrimas. Su gordura exagerada impide a usted toda defensa del pecho y el vientre. En el duelo es preciso ocultar eso.

TESTIGO SEGUNDO (estrechando la mano del señor gordo, con emoción). — Creo que desde hoy está usted llamado a más altos destinos. (Y le muestra el cielo con gesto significativo.)

EL SEÑOR GORDO. — ¡Qué espantol

¿Qué hacer? (En este momento se percibe del ruido de una apisonadora que avanza en su dirección.) ¡Espérenme un segundo! (Se lanza bajo el rodillo en marcha, que pasa sobre su cuerpo.)

LOS TESTIGOS (a la vez). — ¡¡Cielos!!

EL SEÑOR GORDO (levantándose). — Creo que he tenido una feliz idea. (Se mira con agrado en un espejo de bolsillo.) He reducido bastante.

TESTIGO PRIMERO (admirado). — ¡Feliz inspiración! Está usted tan plano como una hoja de papel.

TESTIGO SEGUNDO. — Su adversario tendrá que esforzarse para hacer blanco. Sin embargo, no confiemos demasiado. Es un tirador formidable. El día que nació su hija, a doscientos metros, con un revólver de ordenanza le cortó el hilillo.

CUADRO SEGUNDO

El duelo.

(La escena representa un prado.)

TESTIGO PRIMERO (en voz baja a los demás testigos). — Las condiciones del

duelo son terribles. Creo, señores, que debemos evitar la muerte de un hombre, cambiando las balas por corchos de botella.

LOS TESTIGOS (a coro). — Está bien. (Cargan los trabucos con los corchos.)

TESTIGO SEGUNDO (a los adversarios). — Permitidme, señores, que les taponé con algodón los oídos para evitarles de este modo el ruido de las detonaciones.

ADVERSARIO PRIMERO. — Muy bien. Le tengo horror al ruido.

ADVERSARIO SEGUNDO. — Yo también. Soy cardíaco. Cualquier detonación me sería perjudicial.

(Los testigos taponan los oídos de los combatientes, que se colocan a diez pasos el uno del otro. El juez de campo hace la señal y los adversarios hacen fuego. Gracias a su perfil extraordinario, el hombre grueso se salva. Su adversario cae con un taponazo en el vientre.)

EL MÉDICO (examinando al herido). El corcho está profundamente hundido y apretado. Señores, tráiganme un sacacorchos. (Le entregan uno, y, como un camarero descorchando una botella, el doctor coloca al herido entre sus piernas y tira con todas sus fuerzas.) Mis esfuerzos son vanos. (Abandona al herido y se pone a meditar gravemente. Todos los testigos intentan descorchar al dueloista, lo que resulta completamente inútil. Saliendo de su meditación.) Señores: transportemos al herido a la venta vecina. Tengo una idea!

LOS TESTIGOS (a coro, cogiendo al herido). — Transportémosle. ¡¡El doctor tiene una idea.

CUADRO TERCERO

La operación.

(La escena representa el interior de una venta.)

EL MÉDICO (al ventero). — Traedme tres botellas de champagne. (El ventero obedece. El doctor hace beber las tres botellas al herido.) Señores, sujeta al herido por los hombros y las piernas y sacudidle con violencia. (Los testigos obedecen. Empujado por el gas del champagne, el tapón salta ruidosamente por el aire.) Señores, la operación ha terminado felizmente.

TELÓN

A. R. H.



LA MADRE (que ha corregido a su hija varias veces). — Betty, estoy creyendo que estás decidida a no obedecerme.

BETTY (en tono resuelto). — Sí, mamá.

(Del The Humorist, de Londres.)

BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar
de la Magdalena (frente al número 27)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
 MADRID

S. Sacristán, Madrid. — ¡Señorita, por los clavos del admirable Redentor del mundo!... ¿Usted no ha notado que nos insulta gravísimamente? ¡Pues fíjese bien, y a ver lo que le dice a usted su conciencial... En la perfumada epístola en que se nos ofrece como colaboradora, hay un parrafito en el cual hemos leído lo que sigue, con torcedora angustia de corazón:

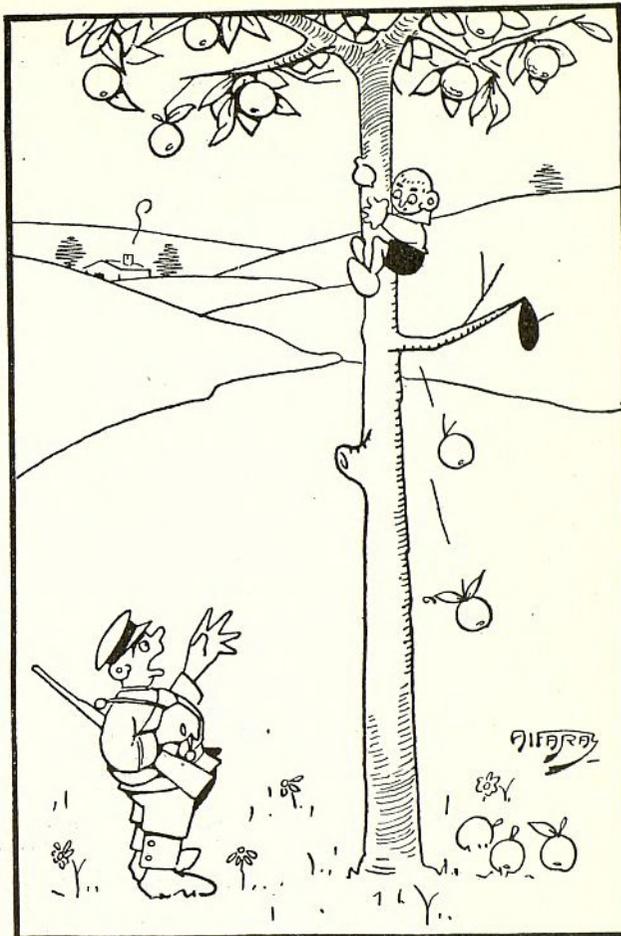
«Tengo diez y siete años, que, a mi juicio, creo que es la edad en que uno tiene más ganas de hacer gansadas de la misca indole que las que se publican en su revista.»

artículo no reúne las gansadas suficientes para que lo demos a conocer, y hemos tenido que facturarlo para el cesto. ¡Lo cual es un dolor más que sumar a los que por su causa hemos tenido que sufrir!... ¡Una verdadera tragedia en cuatro actos, hermosísima y frustrada colaboradora!...

Madrinas de guerra. — Lista de los bravos guerreros que solicitan madrinatas para endulzar las penas de la campaña: Carlos García Herrero y Agustín Ludeña (Comandancia de Ingenieros de Ceuta, quinta compañía de Zapadores, Tetuán); Saturnino Bautista Hernanseiz (Legión Extranjera, acuartelamiento de Riffien); Matías Hornillos García (cabo del batallón de Burgos, Dar-Dríus, Melilla); Manuel Delgado (cabo), Angel Salgado y Baudilio Hernández (soldados), y Eugenio Marinero (practicante), los cuatro de la compañía de ametrallado-

*Sus gustos son refinados.
 No hay placer del que se prive.
 Por eso, si se acatarra,
 toma el Jarabe de Orive.*

ras del batallón expedicionario de Albuera, Melilla; Nicánor S. Losada, Calixto Fernández y Antonio B. Basterra (batallón expedicionario de G. arrellano, Dar-Dríus); Manuel Prieto (sargento del regimiento de Melilla, cuarta del segundo, Melilla); Alfonso Martínez (de la Intervención Militar de la zona de Tetuán, Xauen); Federico Rincón (Mehalla de Xauen, número 4, Tetuán); Luis Vallejo Rodríguez y Enrique Mayllo de la Fuente (compañía de Telégrafos de campaña, Melilla); Martín Crespo (sanitario de las fuerzas complementarias, hospital Alfonso XIII, Melilla); Manuel Ruiz Vázquez (cabo de la compañía de Mar, Melilla); Bruno García Orihuela (Comandancia Ingenieros de Telégrafos, Dar-Dríus, Melilla); Claudio Tarragó y José Vilaró (batallón Radiotelegrafía de campaña, quinta unidad, Tetuán); José Quintero y Ramón Pérez (Legión Extranjera, primera bandera, tercera compañía, ametralla-



Dib. ALFARAZ. — Madrid.

¡QUÉ DESVERGÜENZA!

— ¡Baja, condenado! ¿No ves que te puedes caer y romperte un brazo?

— ¡Ca, no, señor! Esté usted tranquilo: he subido lo menos treinta veces...

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGRONO

doras, Dar-Dríus); César Caballero Calvo, Nicolás San Miguel Martínez, Ignacio Subirats y Antonio Huete Huerta (de la Mehalla Jalifiana de Xauen, número 4, Tetuán). Estos últimos caba-

llos nos preguntan, amablemente y todo, el precio del presente anuncio, a lo cual les contestamos, con una galantería casi versallesca, que aquí somos ricos por nuestra casa y esto de las madrinatas lo hacemos completamente gratis, y con una barbaridad de gusto además.

C. Llonis, Madrid. — Nos pide usted franqueza, y allá va: nuestra impresión sobre sus dibujos es que está usted un poquito verde. No tan verde como la comida de ciertos ultraístas; pero casi, casi.

Armando Flors, Madrid. — Si publicásemos eso, nos darían un palo en la cabeza. ¡Y nos estaría muy bien empleado, créanos usted!

HERNIAS
 Bragueros científicamente.
 J Campos
 único MEDICO
 ORTOPEDICO
 de MADRID
 Augusto Figueroa 8

Comprenderá usted, señorita encantadora, que eso es sencillamente horrible. ¡Nos ha llamado usted gansos, así, fríamente, sin reordimiento, sin calcular las espantosas consecuencias que en nuestro ánimo podría producir su tremenda aseveración!... ¡Menos mal que implícitamente reconoce usted que tenemos diez y siete años de edad, y eso nos ha servido de cierto lenitivo!... De todos modos, su precioso

Agua RADICUM
 TINTURA PARA EL PELO
 Con una sola aplicación se logran matices permanentes

Cortés, Hermanos. — Barcelona

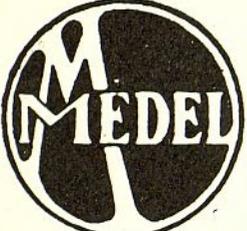
EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.



MEDEL

GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

El señor a la nueva servidora.

—¿De modo que guisa usted bien?

—Sí, señorito, aunque me está feo decirlo.

—¿Y sabe usted cantar el «Hay que ver»?

—Sí, señorito. ¡Y el «Wayawais!» ¡Y el «Ku Klux Klan!»!

—Entonces no me sirve usted para cocinera...

Tauler. — Melilla.

—¿En qué se diferencia una iglesia de una lechería?

—En que en la iglesia no hay bautizos todos los días, y en la lechería, sí.

Bartolozzi. — Madrid.

Entre dos gallegos:
—¿Cuántu ganas de jornal?

—Mira: yo nun sé si son cincuenta mil reales al año, o un real cada cincuenta mil años...

Wallace Novarro.
Madrid.

En el café Kutz.
—¿Es usted el señor Kutz?
—Servidor de usted.
—¡Pues «Kutz-té» lo pase bien!...

A. Pascual. — Zaragoza.

—¡Señora, su enfermedad no es de cuidado! Lo que usted necesita es mucho sueño, mucho descanso.

—¡Pero, doctor..., mire usted esta lengual!

—¡También necesita descanso, señora!...

J. C. G. — Sevilla.

—¿En qué se parece una plaza de toros a una diva?

—¡...!

—Pues en que en la plaza de toros dan novilladas; novillada se parece a novillada; no vi nada lo dice un ciego; ciego, en andaluz, se dice siego; siego es presente de indicativo del verbo segar; segar, en latín, se dice «sellan»; sellan es parecido a sillón, y un sillón es un diván, y quitándole la n, diva.

Chiste-Rola. — Madrid.



EL JEFE. — Si viene el señor Brawin, dígame que he salido; pero no deje usted de trabajar mientras se lo dice, porque si sigue usted no trabajando, no va a creerlo.

(Del Berliner Illustrirte Zeitung, de Berlín.)

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

—¿Cuál es el colmo de un hojalatero?

—Tener sus hijos «soldados», y darle una mala noticia y «pegar un bote».

E. Velázquez (Velazquito).
Madrid.

No le des vueltas, Bartolo; si quieres enamorar, has de usar Licor del Polo de Orive.

Matemáticas.

Dos cacos salen de un restaurante.

—¿Tú has pagado la cuenta, no es esto? —dice uno de ellos—. Pues bien: después de la «adición», la «sustracción»...

Y enseña unos cubiertos que ha robado.

—Perfectamente —contesta el otro—. ¡Pero después de la «sustracción», la «división»!... ¡Partamos!...

Kalamar. — Madrid.

—¿En qué se parece un farmacéutico a un cajón viejo?

—En que sirve «pastillas»...

Angel González.
Madrid.

Discutían un andaluz y un madrileño sobre en qué idioma existía más diferencia de lo escrito a lo hablado, y decía el madrileño:

—Hombre, yo creo que el más difícil es el alemán.

—¡Quia! ¡El más raro es el español! —respondía el otro.

—¿Por qué?

—Pues porque escribimos «diez céntimos» y decimos «una perra gorda»...

Manolo Por'án. — Tángar.

—¿En qué se parecen las armas de fuego a los automóviles?

—En que las armas disparan y matan; y los automóviles matan y salen disparados.

Sat. Camp. — Madrid.

—No me conviene mi modista, porque en cuanto me hace un vestido quiere que lo pague en seguida.

—¡Claro! ¡Si te trae la cuenta, no te trae cuental!

J. M. Conde.

El colmo de un automóvil: Patinar a causa de la lluvia y parar en seco.

Chicuelo. — Madrid.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

El premio del número anterior ha correspondido a **Matasiete, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

CURIOSIDADES MATEMÁTICAS

por P. LAHÓZ

Brujerías de los números, rarezas, adivinaciones, ingeniosidades.

PRECIO: DOS PESETAS
Librerías y bibliotecas estaciones

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142.



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

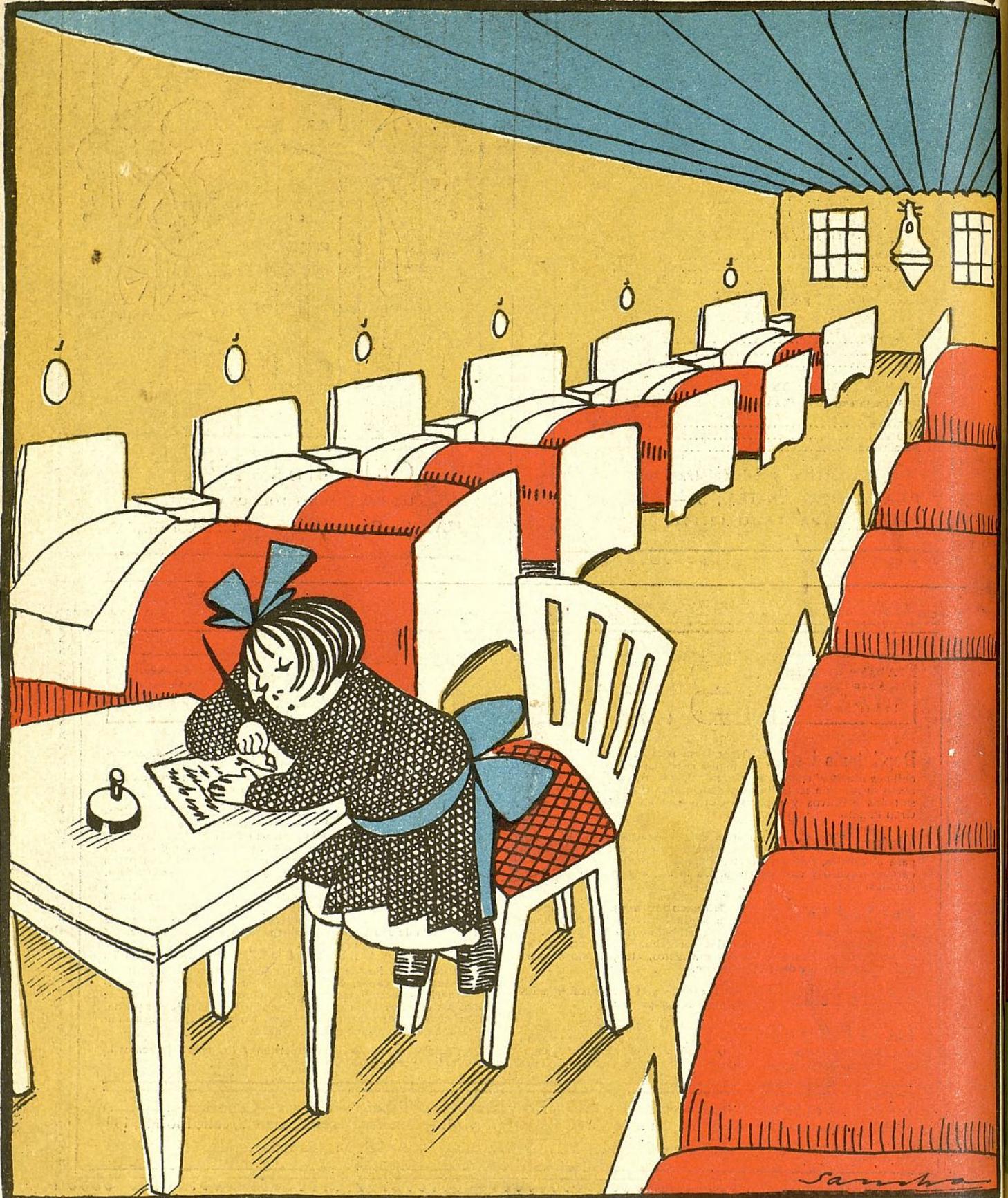
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinosa. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR B



CARTAS DEL COLEGIO

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SANCHA.—Madrid.

— Mi querida mamá: Estoy aprendiendo a tocar el piano con las dos manos...